

## ESTUDIOS HISTORICOS.



## SUPPLICIO DE JUANA GREY.

Comenzaba el sol á aparecer en el horizonte y á penetrar sus rayos por los vidrios de las ventanas de una habitación baja situada en la calle de Guild-Hall en Londres. En este momento se hizo sentir la gruesa y desahrida voz de un hombre que desde lo alto de una es-

calera que conducía al piso superior, escitaba la taviencia de cuatro ó cinco criados que estaban vistiéndose. Cuando conoció debían haber concluido, bajó aquel hombre que parecía ser su amo. Uno de los criados le presentó un hacha que examinó detenidamente; echó una mirada en derredor y preguntó bruscamente si no estaba Fairy. Al mismo tiempo llegó este, saludó al que poco antes había preguntado por él, y mostró una hacha que traía afilada y brillante; presentándose como se ofrece



un subalterno á el examen de un superior é inteligente á la vez; no obstante que conservaba el exterior de una persona confiada en sí misma. Despues de considerarle atentamente su amo ó maestro le dijo con muestras de satisfaccion.

—Perfectamente, Fairy; tu continente corresponde á la mision que hoy te destina á cumplir la providencia; pero medita en lo que te resta que hacer. Yo creo que no estarás pesaroso de haberte apartado de Edimburgo para venir á Londres, y de haber trocado la correosa y curtida piel de los lores escoceses, por el delicado cutis de los señores de Inglaterra.

—Yo agradezco mucho que os hayais acordado de mí, señor Jack, y confieso haceis mas de lo que me teniais ofrecido y mas tambien de lo que yo me prometia.

—Voy á ser franco: aunque seguramente mis deseos son de que asciendas y prosperes, basta que seas recomendado de lord Murray, sin embargo, no te hubiera encomendado la ejecucion de hoy en Tyburn, sino tuvieras que hacer yo en la torre. Sabes tú que no acontece todos los dias la gloria de separar la cabeza del tronco en un mismo dia, y sobre un mismo tajo, al abuelo, al padre y al marido de una reina?

—Pardiez! repuso Fairy que aun habeis reservado la mejor parte; os habeis guardado para vos la reina.

—Bah! replicó Jack con cierta sonrisa que denotaba su indiferencia, una muchacha de diez y siete años que se morirá antes de que la toquen. Si no fuera por la vanidad de derramar la sangre real... me seria enojosa; que diablo.... una muger al fin.

—Pero decidme por qué la separan de su familia, y porqué se verifica la ejecucion de su sentencia en el interior de la torre?

—Porqué tienen miedo de que su juventud y su belleza interesen demasiado al pueblo.

—Y si es culpable, por qué se han de interesar?

—Porque aun hay muchos que creen son mas legítimos sus derechos que los de nuestra reina Maria Tudor, y quién piensa tambien que sino son preferentes no debe por lo menos ser víctima de la ambicion de su abuelo que la ha instigado y puesto en el caso de proclamarse reina.

—Al diablo si comprendo algo, repuso Fairy; y me parece que si lady Juana Grey tiene derechos al trono de Inglaterra, nuestra reina la bella Maria Estuard los tiene tambien y muy fundados.

—Iguales son exactamente, replicó Jack, con sola la diferencia de que Maria es hija de un rey extranjero, mientras que Juana es de pura sangre inglesa.

—Tan embrollada es esa historia como una madeja de algodón irlandés, replicó Fairy; no quiero romperme la cabeza en comprenderla, sólo encomiendo á luz de mi hacha el aclararla para mí y para la reina Maria Tudor.

—Magníficamente discurre; no negarás eres escocés, y escocés de los que hieren brutalmente y sin saber porque.

—Pues bien! supuesto que aun nos queda una hora antes de cumplir nuestro deber, esplicadme porqué á lady Juana la han condenado el parlamento cuando ya la habia reconocido.

—Escucha pues, dijo Jack, y vosotros tambien, añadió dirigiéndose á los que presenciaron esta escena; voy á probaros que el cetro de los reyes es como el hacha del verdugo, que solo se posee para matar ó para morir. Cuando falleció el santo rey Enrique VIII, dejó tres hijos; nuestro buen soberano que murió hace seis meses, Eduardo VI, y sus dos hermanas la reina Maria y la princesa Isabel. La primera es hija de Catalina de Aragon y la segunda de Ana Bolena á quien yo tuve el honor de decapitar con mis propias manos. Desde luego parece indudable que debian suceder á Eduardo su her-

mana Maria y despues Isabel; pero aconteció que su padre Enrique VIII habiendo sometido la legalidad de sus matrimonios á la deliberacion del parlamento, este declaró los dos últimos ilegítimos y por consiguiente incapaces á sus hijas de sucederle. Asi es como veis que despues de la muerte de Eduardo no tiene heredero inmediato el trono.

—Eso esta bien, dijo Fairy; pero no comprendo todavia como por eso tiene Juana mas derechos que nuestra Maria Estuard.

—Es muy sencillo, repuso Jack. Si Enrique hubiera sucumbido sin hijos ó si estos hubieran muerto ó estuvieran declarados ilegítimos, como sucede, á quien corresponderia el trono?

—Toma! repuso Fairy, á Margarita de Inglaterra, hermana inmediata de Enrique.

—Y despues, añadió Jack, á Maria de Inglaterra su hermana menor, no es cierto?

—Pues bien! exclamó Fairy.

—Pues bueno! repuso Jack quien representa hoy los derechos de Margarita, hermana de Enrique VIII?

—Pardiez! exclamó Fairy encantado de este descubrimiento; nuestra reina Maria Estuard nieta de Margarita, la que casó con nuestro rey Jacobo IV y tuvo á Jacobo V, que es el padre de nuestra Maria, asi es que la reina de Escocia, es tambien la verdadera reina de Inglaterra, pues que descende de la hermana mayor del rey Enrique.

—Dices bien; pero está declarada como estrangera como hija de Escocia, mientras que lady Juana hija menor de Maria, hermana de Enrique VIII, es inglesa por todos cuatro costados.

—Y como ha de ser eso? repuso Fairy, la princesa Maria casó con Luis XII rey de Francia.

—Es verdad, continuó Jack, pero cuando enviudó regresó á Inglaterra y se volvió á casar con el duque de Suffolk á quien hoy te toca hacer la gracia. De este enlace tuvo una hija que se desposó con lord Enrique Grey, que tambien te pertenece, y de este matrimonio nació lady Juana Grey que me reservo yo y que es la mujer del jóven Dudley, á quien te recomiendo particularmente.

—Entonces, si la calidad de estrangera escluye totalmente del trono de Inglaterra á Maria Estuard, no me parecen tampoco incontestables por la misma razon los de lady Juana.

—Precisamente esa es la cuestion! exclamó de nuevo Jack. Mientras que los partidarios y adictos de Juana la proclamaban reina, Maria Tudor hija mayor de Enrique VIII, ha hecho entender al parlamento que el acta por la que estaba declarada ilegítima, é incapacitada por tanto de subir al trono, habia sido adoptada á influencia de la mas execrable iniquidad; la han reconocido como apta para suceder á su padre; y auxiliado su lógico razonamiento con un ejército de 40.000 mil bayonetas, ha probado suficientemente que ella sola era la que tenia razon, y que lady Juana era una usurpadora y criminal.

—Y por eso la condenan á muerte? dijo Fairy.

—Por eso, y no obstante, qué es ese vegestorio de duque quien lo ha hecho todo; hasta la declaracion de Eduardo VI, que designaba á lady Juana por su heredera.

—Y no habia tambien otra de Enrique VIII, en favor de Maria Estuard, para en el caso en que su sucesor Eduardo muriese sin hijos?

—Ciertamente; pero que lo medite bien, pues que lady Grey poseia un título parecido, y mas le vale permanecer en la pobre Escocia, por que sino.....

—Bah! exclamó Fairy, aprovechad la ocasion, que no sucede lo que hoy todos los dias; no se encuentran á cada paso en el trono reinas que se complazcan en



condenar á muerte á sus rivales y parientes.

Diciendo esto se separaron; tres criados acompañaron á Fairy que se dirigió á Tiburn, y uno solo siguió á Jack á la Torre.

Cuando llegó la tarde, Fairy fué el que primero regresó; su continente era firme, sereno, y parecía como satisfecho de sí mismo. Preguntó por su maestro Jack, y se admiró de que aun no hubiese vuelto. Discurriendo sobre lo que motivaría tan prolongada ausencia, concluyó por decir que era urgente reemplazarle, por que estaba ya torpe y viejo. Mientras tanto, disponían la mesa en la que sirvieron una enorme marmita rebosando un guisado de tasajos de carne que hacia sentir su fragancia envuelta en los vapores que despedía. Cuando mas entretenidos estaban haciendo alarde de sus toscas oportunidades, abrió la puerta y se presentó Jack pálido, triste y profundamente preocupado. El criado que le acompañaba venia como él, trémulo. Despues que pasó del umbral de la puerta, sacó de debajo de la capa su pesada cuchilla, y levantándola por encima de su cabeza la arrojó con toda su prodigiosa fuerza á la pared que tenia en frente donde penetró, vibrando por largo tiempo el cabo ó mango como si la sostuviera una mano convulsiva.

—Maldicion! exclamó; qué infamia!...

El mas grande silencio reemplazó á la alegría de los que le miraban, rodeáronle todos y quisieron informarse de lo que producía aquel acceso de desesperación, pero nada respondió, y solo repetía ocultando el rostro con las manos.

—Si; lo que he hecho es infame, infame!

En seguida tomó un jarro de cerveza, lo apuró de un solo trago y dijo:—Comamos.

Se sentó á la mesa; todos le consideraban con una curiosidad que reprimía la sombría espresion de su semblante. Comia brutalmente, y bebió de la misma suerte; despues se detuvo, apoyó la cabeza entre sus manos, sus facciones se iban calmando poco á poco de la alteración que experimentaban, y Fairy se aventuró á decirle.

—Y bien, señor Jack, qué teneis?

—Fairy, le contestó con acento alterado, lo que he hecho es una maldad! Imaginate que llegué á la prision y me introdujeron en la sala donde habia de cumplirse la sentencia; el tajo estaba ya dispuesto, y tres soldados guardaban cada puerta, mas apenas habíamos llegado, cuando se apareció una muger, esta muger era la princesa Isabel.

—La princesa Isabel? exclamó Fairy.

—La misma que su hermana Maria Tudor tiene encerrada en la torre no obstante que nadie la acusa.

—Y fué por acaso á considerar la suerte que la amenazaba?

—No sé, repuso Jack; estuvo examinando largo rato aquella estancia; despues se acercó á mí y tambien me examinó con atencion, en seguida sacudió fuertemente las losas del suelo con el pie y preguntó:—Está muy profunda esta sala?—Los ayes de un niño, la contesté, no llegarían á oídos de su madre.—Y desaparece fácilmente de estas piedras la sangre que se derrama en ellas? añadió, y repliqué.—Algunas pintas de agua bastan para que se borren todas las manchas. Se sonrió y olvidándose de los que la mirábamos, apoyó una mano en el tajo y empezó á reflexionar, por que poco á poco se preocupó de tal manera que hablaba consigo misma; mas no pude entender ni una sola palabra de las que dijo. Al punto ordenó á un soldado la guiara al encierro de lady Juana, y salió. La entrevista debió ser larga, pues que hasta despues de una hora no vino un oficial que nos encargó estuviéramos prontos; casi al mismo tiempo apareció lady Juana Grey. Mucho habia oido hablar de su belleza, pero nunca me habia figurado fuese una muger tan hermosa, tan jóven y tan noble, ni que

se presentara tan serena y resignada en tan cruda prueba. Acompañábanla dos sacerdotes católicos, uno de ellos enviado por la reina á fin de convertirla á la verdadera fé, y para ayudarla y disponerla á sobrellevar la muerte, mas no consiguiendo nada con sus exortaciones, la dirigió una arenga fulminando los mas implacables anatemas para intimidar su conciencia á vista del fatal instrumento que debia cortar el hilo de sus dias. Le mostraba el tajo sobre que rodaria su cabeza, le pintaba lo mas vivamente que le era posible los tormentos del suplicio; tomó de mis manos la cuchilla y blandiéndola de manera que el reflejo de la luz la hacia brillar siniestramente á sus ojos, la conminaba con amenazas horribles y con la certidumbre de la eterna condenación. Todos los que presenciaban aquel espectáculo se estremecían, temblaban, solo ella tranquila, serena y completamente resignada parecia tan sorda como una estatua, y como si no comprendiera nada.

—Yo creo dijo lady Juana que el peso respectivo de las faltas de cada criatura, sea por sí solo el que haga inclinar mas ó menos la balanza de la justicia divina, y que no alivia ni agrava la consideración de los pecados, las plegarias ni las maldiciones de los hombres. A Dios se recomiendan las almas como se recomienda un acusado á sus jueces, pero no se le seduce, ni se le compra; esto es lo que la corte de Roma ignora ó pretende ignorar. Dispensadme pues ya de escuchar por mas tiempo vuestras exortaciones. El sacerdote se retiró entonces exclamando:—Mueres infeliz en la impenitencia final y eterna condenación! la maldijo y salió. Juana sonrió tristemente y volviéndose hacia el oficial que mandaba la escolta sacó una carta del pecho y le dijo:—Quereis entregar mi última despedida á mi hermana?—Señora, contestó el oficial, la pondré en sus manos aunque ignore su contenido y no obstante la orden que tengo de la reina Maria para impedir estralimite la prision ningun papel escrito de vuestro puño.—Podeis enteraros de su contenido si gustais, repuso lady Juana. El oficial la abrió y se mostró vacilante.—Encontrais algo de culpable en el postrero á Dios que da una muger á su hermana en el instante de sucumbir? teneis acaso que una cosa tan simple escite la ira de vuestra reina?—No creo señora, contestó el oficial receloso, que pueda atraerme responsabilidad, ni que encierre criminalidad de ningun género, porque es muy reducida, pero no sabria dar razon de su contenido, porque tan corta como es, está escrita en caracteres para mí desconocidos.—Si, dijo tristemente lady Grey, es un último homenaje á mi culto, un á Dios á mis últimas inclinaciones; si, he escrito esa carta en un idioma estrangero y muerto tambien, como estaré yo dentro de breves instantes.

Es el mismo idioma que se hablaba en la bella Grecia que coronaba sus hijas para embellecerlas mas; en el idioma que se refiere y en que aprendí yo el sacrificio de Ifigenia sobre el mismo altar que erigió la ambición de su padre. Bien, llamad á sir Tomas obispo de nuestra iglesia de Inglaterra y encerrado como yo en esta torre, él podrá leeros esa carta. Un soldado fué á llamar á sir Tomas y mientras tanto Juana se paseaba lentamente á lo largo de la sala de la ejecución, á poco se detuvo como sorprendida al ver aparecer al teniente-conserje de la torre.—Y bien, exclamó, que... no pasó adelante porque el recién llegado comprendió donde iba á parar la pregunta que le dirigia, y exclamó algun tanto conmovido y con cierto acento de solemnidad:—Todo acabó, señora.—Todo! repitió ella; despues añadió, han sucumbido...—Como héroes, dijo el teniente.—El duque? exclamó Juana Grey.—Con desden y valentia.—Mi padre.—Sereno y con admirable resignación.—Y Dudley?—Dudley, sonriendo y señalando al cielo.—Ya voy; voy, exclamó lady Juana, cayendo de rodillas, á reunirme para siempre contigo, mi Dudley.



—Ciertamente que han sucumbido como valientes, dijo Fairy, con acento conmovido, y despues?

—Llegó sir Tomás, repuso Jack; tomó la carta y la leyó en inglés y en alta voz: Misericordia divina! nada tan hermoso como esta carta. La desventurada é ilustre jóven se compadecía de su hermana; iba ella á sucumbir y procuraba infundir resignacion y esperanza en el ánimo de los que debian sobrevivirla; lady Juana iba á morir, y al mismo tiempo perdonaba; ella era la victima y pedia al cielo gracia para sus verdugos. Fairy; era desgarrador el cuadro que presentaba aquella interesante criatura que ofrecia á mi cuchilla su garganta, y que se mostraba en medio de aquel imponente y lúgubre aparato, rodeada de soldados, con un sacerdote en hábitos pontificales, yo, carceleros y otra porcion de hombres que debiamos ya tener el corazon petrificado, y que sin embargo rodaban muestras lágrimas cual las de un niño castigado por la blanda mano de su madre, mientras que ella permanecia serena, y brillaba en su rostro la espresion de la mas completa tranquilidad.

—Y despues? exclamó Fairy.

—Despues fui quien desaté el broche de su gargantilla; mis manos cortaron sus frescos cabellos. Por mi alma Fairy que temblaba como un mándria; me dirigia con bondad la palabra, me faltaban las fuerzas, tenia oprimido el corazon, y cuando todo estaba dispuesto, pregunté tres veces seguidas por el hacha sin notar que la tenia junto á mi. Se detuvo como para darme tiempo á que la hallára, y conociendo sin duda mi turbacion, dijo ella misma.

—Dios sea bendito! vale mas morir que matar. En seguida se arrodilló, calculé el espacio que habia de me-

dir la cuchilla, y levantándola en alto di un golpe y herí, pero cobardemente, cerrando los ojos y volviendo la cabeza....

—Pero cayó, dijo Fairy.

—No, repuso Jack, mi pulso temblaba, y aquella delicada garganta tan flexible como la de un cisne, no la tronchó esa hacha del primer golpe y me fué preciso secundar. Maldicion! sí, una infamia es el suplicio de tan bella é inocente criatura. Estabay trastornado, y cuando nos quedamos solos, ocupados en lavar la sangre y guardar el tajo y demas utensilios que habian servido á la operacion, entró la princesa Isabel, echó una mirada en torno de aquella fatal estancia y dijo:

—Bien, ya no existe!—Escucha, Fairy, si es cierto lo que dicen de que la reina Maria Tudor se halla enferma y amenazada de muerte, y le sucediese en el trono la princesa Isabel, anulando el acta de declaracion de su ilegitimidad, será necesario tambien que en aquella misma estancia y sobre el mismo tajo se derrame la sangre real, la sangre de una muger, y si tal sucediera, Fairy, yo te juro que primero me cortaria la mano que cumplir otra vez mi terrible deber.

—Me cederiais la vez? preguntó Fairy.

—Si, y séate dado á ti no deshonrar tu profesion como yo la he deshonrado hoy!

Veinte años despues de estos acontecimientos y de esta conversacion, cuando Isabel hizo decapitar á Maria Estuard, Fairy el verdugo, tuvo tambien necesidad de sacudir dos golpes para separar la cabeza del tronco de aquella hermosa muger.

F. SOULIE.

## CRONICAS ESPAÑOLAS.

### EL CONDE DE LUNA.

Reinaba en 1348 de la era cristiana don Pedro IV de Aragon *el Ceremonioso*, llamado así porque en los actos públicos le gustaba presentarse con todos los atributos de la magestad real, cuando á la edad de 36 años casó con la princesa doña Leonor de Portugal, celebrando su boda con aquella pompa y solemnidad que entonces se acostumbraba.—El infante don Fernando, heredero presunto á la corona, viendo que por este inesperado enlace se le escapaba el cetro de las manos, concibió el proyecto de rebelarse contra el rey su hermano, contando para ello con el asentimiento de los grandes de sus estados.

Hicieron por consiguiente una alianza contra el monarca, que despues se llamó *la Union* de Valencia y Aragon: levantaron en poco tiempo un ejército á cuya cabeza figuraba como generalísimo el infante don Fernando; pero mandando las tropas directamente don Jimenez de Urrea y el esforzado y bien entendido caballero don *Lope de Luna*, poseedor entonces del señorío de Segorve.—Este, que por agradecimiento y por inclinacion era en secreto del partido del rey, bien pronto buscó un pretexto que diese lugar á desavenencia con su compañero Urrea, á cuyas órdenes estaban las tropas aragonesas, resultando, como consecuencia natural de ella, el rompimiento de la coalicion y la separacion del caballero Luna con el ejército valenciano.

Continuó la Union, sin embargo de este incidente, y en pocos dias se puso don Fernando al frente de 30.000 infantes y 3.000 caballos.

Amenazado el rey don Pedro, en situacion tan embarazosa, con un ejército al que no podia resistir, fortificó por de pronto la plaza de Murviedro, como un asilo seguro para la reina y su propia persona; pero dando el pueblo á esta medida una torcida intencion, se sublevó y tuvo precision de trasladar su residencia á la plaza de Valencia, en donde fué recibido con las mayores pruebas de júbilo y estimacion entre los mas entusiastas vivos y grandes aplausos del pueblo.

Sentada la corte en Valencia, deseoso el rey de evitar la lucha sangrienta cuyo término, una vez principiada, no era fácil pronosticar; y guiado mas bien por la prudencia y por la paz de sus pueblos que por el temor, envió mensajeros á su hermano proponiéndole que se separase de la liga, ofreciéndole en cambio de su generosidad la tenencia general del reino y la sucesion inmediata á la corona en el caso de no tener hijos varones. Mas el infante, ufano con las fuerzas respetables que mandaba, é ingreido con la victoria, que la consideraba ya en la mano, con aquel aire de magestad muy propio del que se cree vencedor, contestó muy desdenoso á los embajadores

—Que no le era permitido aceptar la proposicion del rey su hermano, por que de hacer traicion á la confianza que los valientes caballeros tenian depositada en su bandera, no seria ciertamente el mejor camino para merecer despues la corona.

Irritado el rey de una contestacion tan seca, que no daba medio para cimentar alguna avenencia entre ambas partes, se revistió de su dignidad real; preparóse al combate para que la punta de su lanza decidiera la cuestion; y confiando sobre todo en la providencia divina, que



siempre vela por las causas justas, publicó un edicto declarando rebelde á su hermano don Fernando por la ambición que su corazón abrigaba. Llamó por último á las armas, y no solo corrió á tomarlas la flor de la juventud de su reino, sino que contestando al llamamiento del rey de Aragón también se presentó don Alvar García de Albornoz, procedente de los estados de Castilla, con 600 lanzas á caballo.

Con actitud tan imponente pararon un poco los conjurados su plan de destronamiento de don Pedro; pero no omitieron medio que no tocasen para desconcertar al joven é inesperto monarca.—Valieronse, pues, de emisarios secretos que derramando el oro y haciendo promesas muy pomposas para crear compromisos, enemistasen las tropas del rey con el pueblo. Empezaron unos y otros por mirarse con ceño; después abanzaron con rostro airado á presentarse cara á cara; y últimamente á llamarse cobardes dirigiéndose recíprocamente insultos de palabra, como quien anda provocando á su contrario para venir á las manos.

Necesariamente de un estado tan violento, en el que cada día que pasaba se encendían mas las pasiones, estalló, por efecto de la negligencia con que se miraron aquellos choques parciales, un gran motin en Valencia; tomando el pueblo las armas y arrollando en la primera investida cuanto se le puso por delante.—El pretexto para interesar las masas populares, fué, que se les hizo creer por los emisarios secretos de don Fernando, que el casamiento del rey, y cuantos males amenazaban al país, eran los motores principales de ello los privados Bernardo Cabrera y Berenguer de Arbella. Embozado el intento de los conjurados con esta máscara, cuando su fin era destronar á don Pedro, penetraron en el hervor del movimiento varios grupos de amotinados en el real alcázar, pidiendo á grandes gritos con hachas en la mano las cabezas de los favoritos.

En crisis tan espantosa, capaz de arredrar al hombre mas sereno, y cuando en el interior de palacio todo era una confusión, se abrió paso por en medio de las turbas don Lope de Luna escoltado por diez valientes de su guardia, cuyo ilustre linage llevaban grabado en sus espadas.—No bien llegaron á la cámara del rey, cuando levantándose don Lope la celada y volviéndose á los empolvados caballeros, al grito de.... ¡viva el rey don Pedro! inclinaron todos la rodilla y le besaron la mano, según era costumbre.—Atento el rey, y sin atreverse á juzgar de lo que estaba viendo, por que los gritos subversivos ya resonaban por las bóvedas de la escalera de palacio.

—Y bien, mi fiel vasallo, dijo al caballero Luna: ¿qué quieres ó qué espera el pueblo de su rey?

—Señor, le contestó, ignoro lo que se pretende, pero puede creerse, sin aventurar mi palabra, que cuando se apela á semejantes medios no será la petición muy justa.—Mi espada, señor, las lanzas de los caballeros que me acompañan y el ejército que tengo á las puertas de la ciudad, obedecen desde este momento las órdenes de V. A.—He desertado de la *Union* por creer en peligro la vida de mi rey.... ¡Mengua será del que no venga á salvarla!

Admirado el rey de una declaración tan franca, nacida del corazón noble de Luna, y manifestada con el entusiasmo que inspira la juventud.

—¿Qué hacemos Moncada? dijo don Pedro á su ministro que, pálido antes y miedoso, veía renacer la confianza.

—En lances de esta naturaleza, señor, todo se debe aventurar; y pues se cuenta con la lanza de estos leales caballeros, opino por que V. A. salga con su maza á contener la osadía de los conjurados.—Consejo muy acertado me parece, dijo el rey con aquella prudencia y ánimo tranquilo inherente á su persona.

Volviéndose con viveza se puso la diadema; tomó la maza y mirando por un momento á los guerreros:

—Caballero Luna á vuestralealtad confío mi persona.

Levantando todos las espadas, que las tenían en el suelo, y alentados con la espresion del monarca dijo el caballero.

—Antes se romperán los aceros que empuñamos en mil pedazos contra el pecho desleal, señor, que consentir la mas leve ofensa á la persona real.

Rodeado el rey por don Lope de Luna y los caballeros de su guardia, presentóse á los primeros grupos del pueblo con un valor admirable.—La presencia solo del monarca bastó para disipar la furia de los amotinados sin tener que apelar á otra medida. Ni podía suceder otra cosa, pues con gente desavenida que los unos no se fían de los otros, á la menor resistencia generalmente abandonan su empeño, poniéndose en fuga para cubrir su delito.—Desde este notable acontecimiento, dice el historiador Mariana que perdió el rey el miedo á las sediciones populares, y siempre era el primero que se presentaba á caballo para apaciguarlas.

El infante don Fernando como vió malogrado el plan, pues su intento era obligar á su hermano á que abdicase la corona tomando por pretexto en el movimiento las cabezas de sus privados, emprendió la retirada con las tropas á Zaragoza.—Don Lope de Luna partió igualmente con su ejército de 10.000 hombres, sentando su cuartel general en Daroca, en expectativa de lo que hicieran los conjurados de la *Union* para obrar; pero como se le incorporase el capitán don Alvar García de Albornoz, que desde la plaza de Cuenca, donde entonces tenia su corte la reina madre doña Leonor, subió en su auxilio con 600 lanzas castellanas, no vaciló ya en provocar una batalla.

Movió las tropas en dirección á Zaragoza, y conociendo don Fernando la intencion, partió también en busca del caballero Luna al frente de 15.000 hombres.—Puso el cuartel cerca de Epila, en la ribera del Jalon: quemó las mieses y todo lo arrasó para hacer mas difícil que abanzasen los contrarios; pero resuelto Luna al combate adelantó sus tropas hasta ponerse á la vista los dos ejércitos, y presentando la batalla á bandera tendida, no tardó mucho en decidirse la cuestión por la espada.

En el principio se hicieron prodigios de un heroico valor por ambas partes. Mejor ordenadas, sin embargo, las masas que mandaba Luna, cargaron simultáneamente á los contrarios por el centro y las alas de la línea. Envueltos los conjurados de la *Union* porque la mayor parte era gente indisciplinada, mas propia para alborotos que para pelear en batalla campal, se pronunciaron en una completa fuga, quedando muerto en la acción el general Urrea.—También cayó prisionero en poder del capitán Albornoz, el infante don Fernando herido de un lanzazo en la cara, que lo trató no obstante con todo el respeto debido á su alta persona; dándole después libertad para pasar á Castilla, temiendo sin duda la severidad del rey don Pedro.

Aprovechando los momentos de confusión y espanto que produce una derrota tan completa, marchó rápidamente don Lope de Luna sobre Zaragoza con sus entusiasmadas tropas, batiendo las palmas de la victoria; y habiendo entrado sin resistencia alguna, hizo ajusticiar á trece señores de los mas culpables de aquel movimiento. Anuló por un edicto público los privilegios de la *Union*: restableció la paz; y deshizo para siempre la liga de los conjurados.—Premiando el rey un servicio tan eminente, por el cual se había salvado su persona afirmando el trono que ya se bamboleaba, le otorgó á don Lope el título de *primer conde de Luna*; título que hasta entonces no se había concedido á ninguno, como no fuera bástago de la familia real.



## II.

Cuando el rey don Pedro tuvo en el mayor sosiego todo el Aragon, y para precaverse de una mortífera epidemia que se declaró en Valencia, trasladó su corte á Zaragoza con aquel lujo y ostentacion que siempre acostumbraba.—Libre entonces y de espontánea voluntad declaró, cuando menos se esperaba, por sucesor inmediato al trono á su hermano don Fernando, publicando su resolucion por boca de los reyes de armas al son de los atabales, trompetas y clarines.—Amplió además la autoridad del justicia mayor de Aragon, para evitar cualquiera otra rebelion y alteracion del pueblo; y calmados enteramente los ánimos con tan políticas disposiciones, cesaron de una vez las discordias civiles, viviendo tranquilo en medio de sus súbditos los 55 años de su reinado.—¡Rasgo generoso, por cierto, en un monarca

ofendido, que despues de vencer en batalla campal, les concedió lo que antes pedian con la fuerza de las armas!

En junio de 1372 casó el infante don Martin con la condesa doña Maria de Luna, única heredera del conde don Lope.—De este matrimonio fué estendiéndose la rama, y andando el tiempo, tuvieron su castillo los condes de Luna en las elevadas montañas que sirven de barrera para dividir la Galicia del antiguo reino de Leon, edificado precisamente muy cerca del cristalino y apacible rio del mismo nombre.

Era este baluarte, en todo aquel territorio, la fortaleza mas bien dispuesta y hermosa por la solidez de su construccion y por la grandeza que ostentára.—Sobre las mas altas rocas se levantaban los muros del castillo de Luna, y descollaban hasta perderse entre las nubes dos soberbias torres coronadas de almenas, que servian como atalaya para descubrir cuanto la vista alcanzaba,



y para desafiar al agresor en las continuas invasiones que entonces se hacian los mismos señores territoriales; pues si bien en aquella época ningun prestigio daban los castillos al poder real, eran unas fortalezas destinadas á contener los privilegios del derecho feudal, mas robusto todavia que las regalías de la corona.

En una de las torres ondeaba, siendo el juguete del viento, la bandera en campo blanco con el blason de la ilustre casa. En la otra, por el contrario, estaba fijo y lucía desde muy lejos, herido por los rayos del sol, el estandarte morado con la cruz roja; haciendo la guardia continua un centinela cubierto de acero, que con su lanza en la mano, era el vigia día y noche para guardar con esmero aquella ciudadela.—Algunas claraboyas en los cubos y gran número de ventanas largas y angostas,

rasgadas sin concierto en el cuerpo del edificio, suministraban la luz necesaria á las diferentes escaleras de caracol y á los espaciosos salones que dentro encerraba aquella mole.

La puerta principal, de un gusto gótico, orlada con mil florones de calados arabescos al rededor del escudo de los Lunas, entretenia sobremanera la vista del viajero. No admiraba menos la suntuosidad del patio de armas: las cuarenta pilastras que sostenian los arcos de elegante arquitectura; la fuente nativa en medio y la espaciosa escalera principal, por la que se veian cruzar los heraldos del conde, anunciaba todo reunido á la vista del pechero la opulencia de su señor; y le fascinaba hasta el punto de creer muy feliz su posicion sirviéndole con humildad.



Por otra parte el lujo de las habitaciones interiores. La sala de armas por su decoracion y grandeza, era la pieza de mas estima cuando dominaba el feudalismo: en ella estaban depositadas las preciosas armaduras de acero que llevaron los condes predecesores, formando grupos vistosos en los ángulos de ella las cimbras sobre las cuales tremolaban hermosas plumas de colores.—Los pabellones de lanzas cruzadas con simetría sostenian los trofeos cogidos en los campos de batalla, sobresaliendo entre ellos los estandartes que llevaron los condes á la victoria, adornados con mil bordados de la imagen de Cristo ó de la Virgen pura.—En una palabra, era este salon el parque del castillo que únicamente se despojaba de sus efectos cuando los señores, como pequeños soberanos de sus estados, tenian que armar á sus súbditos, bien para hacer la guerra por sí propios ó bien en ayuda del monarca (despues fueron relevados de esta obligacion imponiéndoles la contribucion que llaman de lanzas), pues como en aquel tiempo dominaba la inclinacion á la guerra, cada señor trataba de enriquecer este depósito, porque eran mas temibles cuantos mas súbditos armados presentaban á pelear.

Aquí se veia otra sala forrada de terciopelo carmesí sembrada de estrellas de plata recamada: allí otra muy ricamente alfombrada, luciendo los cortinages, los grandes espejos y sus mesas doradas. Ultimamente por cualquier parte que el ojo investigador se fijaba, la fantasia del hombre le trasportaría á un palacio encantado de aquellos que vulgarmente se cuentan de los orientales.

Con esta magnificencia vivia el jóven don Artal, sexto conde de Luna, al cuidado de su madre doña Violante, entre los súbditos domésticos de su castillo, sin abrigar su noble corazon otro deseo que el de la gloria.—Por desgracia, cuando todo se presenta risueño; cuando todo es una vana ilusion que se evapora fácilmente, se enamoró con delirio de una gentil labradora, cuya hermosura al sol eclipsára. Jóven y galan entregóse entusiasmado á la delicia del amor; pero de su galantéo secreto nació una bastarda que fué entregada con mucho misterio para criarla sigilosamente.—Obligado el conde á salir á campaña, cuando empezaba la niña con sus naturales gracias, no pudo volver en mucho tiempo á sus estados.

Cubierto de heroicas hazañas, y envanecido con la gloria de los combates que hasta de sí mismo se olvidára, regresó por fin á su castillo, mostrando desde luego un paternal interés por ver su Leonor, que así se llamaba.—Vanas fueron las diligencias practicadas, pues ni Leonor parecia ni tampoco la persona á cuyo cuidado la dejó encomendada.

Resuelto á visitar los estados por sí por medio de alguna aventura la encontraba, emprendió el viage con treinta escuderos de su guardia.—Hizo alto en una aldea, pero sin descubrir el objeto que con tanta solicitud buscara. Luego que se divulgó la entrada del conde, corrieron en tropel los sencillos labradores á conocer su señor y rendirle el debido homenaje; mas como fuese tambien entre la gente una hermosa doncella, cuyo esbelto talle y conjunto reunido de gracias cautivaron al conde, dió la orden á su criado, el fiel Nuño, para que á todo trance la robára. Tan vehemente en su pasion no pudo ocultar por mas tiempo lo que en su pecho sentia.

### III.

Vuelto el conde á su castillo, perdida ya toda esperanza de encontrar á su hija bastarda, salió una tarde á pasear meditando profundamente sobre lo que en aquel momento su corazon atormentára. Recostado estaba en los céspedes de las márgenes del rio Luna, con la mano puesta en la mejilla, cuando el sol cercano á ocultar-

se detrás de las altas montañas esparcia su débil resplandor sobre las rocas. Ningun movimiento alteraba el silencio de aquel sitio, y la naturaleza parecia estacionaria como la eternidad en medio de sus obras.

Cansado de luchar levantó los ojos al cielo, como una tregua para respirar y volver á su interior pelea. Por el brillo de la coraza descubrió á lo lejos que venia el fiel Nuño con paso muy acelerado.—Llega este, y deseoso el conde de saber el resultado de la empresa, antes de acercarse á su persona, le dijo.

—¿Se han cumplido mis órdenes, Nuño?

—Señor, le contestó en actitud respetuosa, vuestras órdenes se han ejecutado fielmente. La graciosa doncella ha sido arrebatada de los brazos del que debia ser su esposo, y conducida á la habitacion que mandásteis retenerla.—Íbamos bien armados, tapada la cara, y al reflejo de la espada todos los circunstantes enmudecieron de terror: ningun brazo se alzó para socorrerla; pero cuando nos retirábamos con nuestra presa, vimos levantar muchas manos al cielo, como implorando el favor divino para la inocente zagala.

—¿Y estás cierto de que no os han conocido?

—Imposible, señor: nuestras máscaras cerraron toda esperanza á la curiosidad.—Mas..... ¿seria lícito á la lealtad de un fiel criado saber la causa de la inquietud que miro en vuestro semblante?—Cuando conduciais los pendones de Castilla á las fronteras de Navarra, vuestro rostro siempre estaba sereno; y en medio de los combates, en los trances mas temibles de un conflicto, la voz de nuestro caudillo nos animaba.—Digo mas, señor, la sonrisa que entonces salia de sus labios nos hacia temer muy poco los peligros.

—¿Y no sabes tú, Nuño, porque era esto?—Entonces veias al conde de Luna combatiendo bajo el estandarte real: ahora vés en el conde de Luna un miserable, obrando fuera de su centro, sometido á una pasion vergonzosa y con todo el temor que inspira un mal proceder..... Vámonos de aquí y no me preguntes mas.

Así caminaban el uno tras el otro sin hablar palabra, en el silencio consiguiente cuando empieza á rayar la obscuridad de la noche; y aquel enmudecimiento de toda la naturaleza, daba lugar á Nuño á reflexiones mas tranquilas que las que engendra la actividad de una pasion amorosa.—Llegaron por fin al muro, que caía á la parte del rio, en el que estaba la puerta secreta por donde solo entraba el señor del territorio.

—¿Es posible, exclamó el conde, que me deje arrastrar tan ciegamente de una inclinacion que me ha conducido hasta el extremo de usar de violencia con una jóven inocente, honesta y hermosa, que hace poco formaba las delicias de su aldea y las esperanzas del mas fuerte doncel de los Laras?—Y si esta violencia se ha limitado hasta ahora á retenerla en una de las habitaciones de mi castillo; si, como es posible, esta doncella resiste mis solicitudes y rechaza mis cariños, ¿hasta donde intento llevar mis designios?—El noble conde de Luna abusará de su poder hasta el punto de ser el tirano, en vez del protector de sus mas fieles vasallos?—No, es preciso que vuelva á mí mismo; es preciso que cumpla con los deberes que me imponen mi rango, mi reputacion y mi conciencia.—Yo veré á esa jóven, decia encarándose con Nuño que le escuchaba atentamente, y si no condesciende de su voluntad á mi pasion, sabré sofocarla dentro de mi pecho volviéndola á sus parientes.

Ahl... tambien soy yo padre. Una inclinacion contrariada por los respetos de estado encendió mas la hoguera de mi amor: probé el infortunio; y una hija, que ahora no encuentro sobre la tierra, me haria llevar las amarguras de la vida. Yo la encomendé al fiel don García, único sabedor de este secreto, para que la cria-



se en lugar retirado hasta que razones muy poderosas de familia me permitieran darme mi nombre y restituirla en su rango.... ¡Una muerte repentina llevó á don García al sepulcro con su secreto, y hace 15 años que ignoro la suerte de aquella infeliz criatura!

En estas reflexiones, propias de un corazón noble, llegaron á la puerta secreta, y Nuño, concluido ya el deber de acompañar á su señor, atónito de la locura del conde, hizo una profunda reverencia retirándose por la orilla exterior del foso para entrar en el castillo por la puerta principal.

Trémulo el conde, abrió la puerta, subiendo por la escalera estrecha de caracol que conducía á la habitación occidental; y antes de seis minutos ya estaba en presencia de la interesante jóven que acababa de ser arrebatada por su mandato.

—Generosa Matilde, la dijo, una pasión superior á mis fuerzas me arrastra hácia tí de un modo irresistible, y tus virtudes han hecho mas impresion en mi corazón que todas las bellezas de la corte. No te igualo en edad, pero te aventajo en riquezas.—Hazme feliz, concediéndome tu mano, y acepta desde ahora un rango ilustre y la corona ducal que el conde de Luna pone á tus pies... Perdónale la violencia de haberte hecho conducir á su castillo contra tu voluntad: su pasión y su poder le hicieron creer que esto le era permitido. Pronto estoy á devolvete al seno de tu familia; pronto á entregarte á ese esposo.... mas feliz que yo, para que recibas la bendición nupcial, siempre que renuncies formalmente los atractivos que te presenta una inesperada fortuna; pero medítalo primero, y no me niegues una pretension que debe poner el colmo á mi felicidad y á la tuya.

Matilde, que recostada en un sofá de damasco carmesí, sollozaba en silencio derramando lágrimas abundantes, estaba con los ojos bajos escuchando la declaración amorosa, esperando que la tocara su turno para responder. Luego que hubo acabado su discurso el noble conde; después de una corta suspensión de palabras, efecto del azoramiento de los dos amantes, se levantó Matilde con aquella dignidad y maneras propias del candor: miró de frente al conde, y postrándose de rodillas á sus pies le habló así:

—Ilustre conde: yo os perdono de todo corazón la violencia que acabais de cometer en mi rapto, por mas amarga que me sea, y por mas que se hayan nublado mis alagüeñas esperanzas.—El hombre que ha llenado de beneficios la redondez de su territorio, no puede contradecirse en sus hechos ni permanecer mucho tiempo en el error de un extravío.

Volvedme, señor, por cuanto hay de sagrado en la tierra, con mis afligidos parientes. Yo no puedo corresponder á vuestra pasión; mi corazón es ya de don Manrique de Lara, á quien conocí quizá por mi desdicha y á quien debo fe y el mas ardiente amor. Harto resistí sus importunidades; mas de una vez le puse delante de los ojos mi estado humilde de simple labradora. La desigualdad de nuestras condiciones era para él cosa de poco momento, y no hubo dificultad que no superase para que le oyese y respondiera á su inclinación.

Yó, jóven inesperta y sensible, reconocí al fin en sus palabras la verdad de lo que pasaba en su pecho y en sus virtudes, los títulos mas recomendables á un casto amor.—Le quise, y cuando este noble mancebo habia obtenido el permiso real para nuestro enlace, cuando me creia próxima á la suprema felicidad, vuestra gente armada me separa y me conduce á este castillo en donde mi reputacion padece, cada minuto que pasa, lo que tardeis en volverme á los míos.

Soy huérfana, señor, y pobre.... jamás conocí á mis padres. El cielo me habia deparado un protector en el hombre mas amable y generoso de la tierra; yo lo habia aceptado como el escudo de mi porvenir, y nada me fal-

taba. Volvedme, pues, á mis esperanzas... ¡no me hagais infeliz noble conde!

—Eres huérfana y pobre, Matilde, le dijo el conde, no has conocido á tus padres, ah!... tambien hay padres que apenas han conocido á sus hijas.—¿Qué poderosa es tu voz! no seré yo, y pongo al cielo por testigo, quien te sumerja en el desconsuelo. Manrique de Lara es un noble caballero; es digno de ser tu amante. Tu tambien eres digna de él.—Sofocaré mi pasión, no lo dudes graciosa Matilde, por tu mayor ventura; y mientras tu gozas, el conde de Luna gemirá entregado á la desesperación.—Yo tenia una hija; si ella viviera seria tan buena como tú, Matilde: seria la única joya que me hiciera apreciar la vida. Necesito un consuelo en mi soledad, la dijo enternecido cojiéndola de la mano: necesito llenar un vacío que me acompaña siempre, que me persigue como la sombra al cuerpo; y quitándome hasta el sueño no me deja ver los objetos sino por el prisma de una amarga tristeza.

Pero mi hija.... mi Leonor, ó ha perecido de resultas de las revueltas de Castilla, ó vivirá quizá ignorada en la obscuridad y en la pobreza.—A Dios, Matilde, ¿por qué te refiero yo estas cosas que nada pueden interesarte? á Dios, la dijo apretándola la mano y llevándosela á su corazón.—Mañana así que raye el alba, volverás á tu aldea con mi fiel Nuño. Toma ese bolsillo de oro para indemnizarte de la vejación que te he causado; pero advierte que pongo dos condiciones á tu rescate; ¡ojalá te sean tan gratas como á mí!—La primera es que dediques alguna vez un recuerdo á mi memoria; y la segunda, que me dejes partir con tu amante el derecho de ser tu protector, por qué.... eres buena, y tu suerte me inspira el mas vivo interés por lo mismo que rehusas la corona ducal que te ofrezco.

#### IV.

La jóven Matilde, que se habia incorporado durante la despedida del conde, volvió á ponerse de rodillas levantando las manos para contestarle. Un arroyo de lágrimas anegaban sus hermosos ojos, corriéndole en dispersion por sus encendidas mejillas, y esta posicion daba á su angelical rostro mayor interés. Cuando volvió el conde á levantarla para decirle algunas palabras de consuelo que contuviesen su llanto, hijo únicamente de la gratitud y caballerosidad con que se habia conducido, un suceso repentino suspendió el diálogo, quedando los dos sorprendidos y en el mayor silencio.

Se oyeron fuertes golpes en la pequeña puerta secreta por donde se habia introducido el conde para hablar á Matilde, y como nadie respondiese, los golpes de hacha se redoblaron con mayor esfuerzo.

—Abrid, conde de Luna, gritaban desde fuera, abrid pronto; no cometais alguna violencia que llene de amargura toda vuestra vida y la mia.

Matilde, que habia conocido á su amante don Manrique en el eco de la voz, no pudo soportar su infeliz situacion y cayó desmayada al suelo.

El conde ardiendo en ira desenvainó la espada; bajó como un relámpago, abrió furiosamente la puerta, y se presentó vibrando el acero ante el personaje que así le requería para que abriese.—La obscuridad del sitio, por la sombra que daba el muro del castillo, no permitia distinguir mas que un bulto.

—¿Quién sois vos, doncel audaz, que así venis á turbar el sosiego de la noche en mi castillo?

—Manrique de Lara, señor, que viene á descubrir un gran secreto, evitando á la vez una mancha sobre vos, hija mas bien de la ignorancia que de dañada intencion. Vengo á salvar el honor de Matilde.

—¿Sois don Manrique? le contestó bramando de cólera, pues sabed jóven atrevido que yo habia concedido



á Matilde su libertad, y debia salir mañana, tan pura como el sol, para su aldea con alguna prueba de mis beneficios. La traté con el respeto que merece su virtud, y me he declarado su protector. No penseis por esto que yo otorgaré á vuestras amenazas aquello mismo que tenia resuelto hacer de espontánea voluntad..... Sacad la espada.

—La sangre hierve en mis venas, replicó Manrique, al escuchar vuestro language; y no quisiera que atribuyérais á villanía esta accion. Tiro de mi espada, si, porque ni rehuso el reto ni tampoco lo busco. Entended, noble conde, que mil vidas sacrificaría gustoso por mi Matilde si necesario fuese.

—Pues bien, ponéos en guardia que bien pronto pagareis vuestra osadía.

Como observase que lejos de acometer Manrique bajó la espada en silencio, hincando la punta en la tierra

—¿Por qué no os defendeis? le dijo furiosamente.

—No, conde de Luna, no; yo no puedo medir mis armas con vos. Teneis títulos muy respetables á mis ojos para que yo obre con vileza.—Si os dijera una sola palabra estoy seguro que se os caería la espada de la mano.

—Pues qué.... le contestó con viveza.

—Si yo os diera en este momento noticia de la pupila de don García, ¿no lisongearía vuestra perdida esperanza?

—Ah!.... imposible.

—Pues es cabalmente lo que vengo á deciros.

—¿Cómo!.... es cierto lo que me anunciáis?

—Sí, noble conde; la hermosa doncella que está retenida en el castillo es vuestra hija doña Leonor. Es aquella niña que dejásteis encomendada á don García de Zúñiga. Al morir este caballero en la batalla de Nájera comunicó el secreto á mi padre, y por su medio fué informado el rey de la calidad de esta jóven, y yo obtuve el permiso de desposarme con ella. Ya veis, noble conde, que Leonor conocida en la aldea con el nombre supuesto de Matilde, no vivía ignorada sino de vos, por que este secreto era un arcano que no convenia divulgarse mientras estuviera en el mundo vuestra respetable madre. Mirad ahora como habia yo de usar de la espada para vos, cuando, asegurado como estoy ya del buen tratamiento que habeis hecho á Leonor, solo me resta implorar vuestra gracia para que aprobeis mi enlace.

—¿Es cierto todo lo que me decis, Manrique?

—Tomad la carta por la que don García confió á mi padre el cuidado de Leonor, bajo el nombre de Matilde. Mañana os entregaré el retrato que la dejásteis en la cuna, al tiempo de marcharos á la guerra, y que creo era de su madre.

—¡Basta!.... exclamó el conde lleno de alegría, y tomando la carta con avidez.

—Dadme los brazos, mi querido Manrique.... Corriendo los dos á enoñarse por una accion muy natural, se estrecharon sinceramente sin poder ni uno ni otro articular palabra.

Despues de una corta suspension, con los ojos arrasados de agua, dijo el conde á don Manrique.

—Un presentimiento secreto, é inconcebible al hombre, me anunciaba en el corazon que esa celestial criatura habia de crear una revolucion en mi existencia. Yo pensaba, mi querido Manrique, que era el amor, pero ahora veo claramente que es una causa mas pura, mas deleitable y duradera.—Tú me das hoy una hija..... Yo voy á darte una esposa.—Ven á abrazarla.

Cuando subieron los dos personajes á la habitacion de Leonor (ya no era Matilde) encontrábase esta vuelta de su desmayo; pero convulsa, los ojos la centelleaban, poseida en fin de una mortal inquietud. Habia reconocido la voz de su amante, y la salida precipitada del conde la hizo temer algun conflicto entre los dos.

Al verlos llegar al salon con los brazos enlazados por el cuello, esta escena tan grata á sus ojos, hizo que por un movimiento involuntario nacido del alma corriese tambien á unir los suyos, formando los tres reunidos un hermoso grupo, cuyo interés puede percibirse mejor que explicarse.

No tardó mucho Leonor en coger el fruto de su envidiable y virtuosa constancia.

Escuchó risueña los pormenores de su nacimiento con aquella alegría interior que, en épocas de la vida, embriaga las potencias del alma; y de su matrimonio con el jóven Lara tuvo origen precisamente una casa que hoy es de los mas bellos florones de la nobleza española.

JULIAN SAINZ MILANÉS.





## ESTUDIOS BIOGRAFICOS.



### DON ANTONIO MARIA ESQUIVÉL.

Después del genio, lo que mas se acerca á él, es saberlo admirar.

Mad. Stael.

El distinguido artista, honra del suelo Bético, émulo de los Murillos, Zurbaranes y Velazquez, cuya biografía vamos á trazar, no necesita ciertamente de los elogios que nosotros pudiéramos tributarle; sus obras le han grangeado ya un lugar eminente en el templo de la inmortalidad, y la historia le prepara una de sus mejores páginas donde ofrecerle al mundo ornado de laureles; pocos podrá añadir nuestra débil voz á los infinitos que tiene recogidos y que adornan sus sienes como la mejor recompensa del genio; pero en cambio trazaremos aquí la historia de sus lauros artísticos y de sus coronas, legando así á la posteridad una noticia fiel y exacta, aunque incompleta de este artista, cuyas obras no dudamos ocuparán un lugar eminente en la historia de las bellas artes españolas del siglo décimo nono.

Las bellas artes han sido en todos los tiempos y para todas las naciones, la aurora de la civilización, el primer albor de la emancipación del entendimiento; ellas fueron en los tiempos antiguos una luz vivificante y consoladora en medio de las tinieblas de los siglos bárbaros, una antorcha refulgente, que esparciendo por do quiera sus mágicos fulgores, contribuyó como la que mas á la ilustración y perfección del género humano; ellas han creado para el hombre ese mundo de ilusiones y de placeres puros é inocentes que tanto alhagan su fantasía y su imaginación, elevando su entendimiento de las miserias de la humana vida, á la contemplación de la admirable y siempre bella naturaleza, representándonos con vivísimos colores, ora la hermosura del cielo, ya las vistosas nubes que giran en el espacio, ya también los pintados bosquecillos, las asperas montañas, los ríos tortuosos, las odoríferas y fragantes flores con que viste primavera nuestros prados, y finalmente todas las bellezas del Universo que tanto nos admiran, haciéndonos comprender por su grandiosidad la omnipotencia de su autor. Ellas han contribuido de una manera positiva y real á la ilustración de la historia, representándonos los semblantes y hasta las pasiones de los grandes hombres, de los filósofos y de los héroes; á la de la geografía, describiéndonos y trayéndonos á la vista los países



mas distantes y remotos; ellas por último escitan en nuestra alma los sentimientos mas nobles y generosos, nos guian insensiblemente por el verdadero camino de la gloria y del pundonor, proporcionándonos al mismo tiempo los goces mas lisongeros y los mas honestos pasatiempos.

Estas circunstancias han hecho que las bellas artes sean estimadas y recompensadas con justicia, pero por desgracia no en todas las épocas han logrado una protección tan debida, pudiéndose decir de sus nobles profesores, lo que se ha dicho de los grandes talentos y de los buenos ingenios literarios, *la miseria ha sido generalmente el patrimonio de los grandes hombres*. Larga sería la historia de los infortunios que han padecido casi en todas las épocas los hombres que despues han formado la principal gloria de la nacion, que tan poco aprecio hizo de sus méritos mientras existieron; y los nombres hoy gloriosos y envidiables, de Cervantes, Milton, Camoens, Ribera, Morales y otros varios tan ilustres como desgraciados, fueron en su tiempo sino vilipendiados, desatendidos y despreciados con mengua y desdoro de la ilustracion y de la racionalidad humana, y el epitafio puesto en el sepulcro del célebre poeta Luis de Camoens, pudiera muy bien ponerse con tanta verdad y acierto como en el de este, en el de todos los arriba expresados.

*Aqui jaz (dice) Luiz de Camoens, principe dos poetas de seu tempo: viveo pobre e miseravelmente e asi morreo.*

Nuestro siglo en medio de sus infinitas aberraciones y torpezas, no ha sido tan ingrato en esta parte como algunos anteriores, los literatos, los artistas, los hombres públicos y todos los demas que se dedican á la difícil y afanosa tarea de *las letras peladas*, como dice un escritor contemporáneo, han recibido la recompensa de sus trabajos y los honores debidos á la utilidad e importancia de sus tareas. Esquivél ha sido uno de estos; la fortuna y los honores le han alagado á porfia hasta colocarle en la posicion ventajosa que hoy ocupa; nacido en la indigencia, elevado á merced de su génio y su constante estudio á una posicion tan alhagüena, ha tocado el colmo de las dichas en la tierra, por esto su biografía es tanto mas interesante, porque vamos á examinar en él lo que puede el estudio y el talento ayudado de la fortuna y de la suerte.

Don Antonio Maria Esquivél, nació en Sevilla el día ocho de mayo de 1806. Fueron sus padres don Francisco Esquivél, que despues de haber prestado muy buenos servicios á la causa de la independencia española, pereció en la célebre jornada de Bailén, siendo capitán de caballería, y doña Lucrecia Suarez de Urbina, natural de dicha ciudad de Sevilla. Quedó nuestro artista desde muy pequeño huérfano de padre, y abandonado en brazos de la suerte, sin otro amparo que el cariño de una madre, que puso desde luego todo su empeño en dar á su hijo una educacion esmerada, cual correspondia al decoro de su clase. Los medios de subsistencia con que contaba la familia de Esquivél, eran tan escasos que apenas le suministraban lo necesario para vivir, y aunque Esquivél tenia parientes que disfrutaban pingües rentas, ninguno se acordó de esta infeliz familia mientras vivieron en la indigencia; de modo que con mil trabajos, y deshaciéndose para ello de todas las alhajas que poseia, empezó esta madre cariñosa por instruir á su hijo en las primeras letras y humanidades, como principio y fundamento de la carrera literaria á que pensaba dedicarlo. Hallándose en la clase de primeras letras, dió ya muestras de su afición á las artes, y de su disposición para esta clase de trabajos; en los ratos que la pluma y los libros le dejaban ocioso, se entretenia en recortar figuras de papel, pintar muñecos con colores hechos por él mismo, y otras varias frioleras, que des-

pues regalaba ó vendia á sus compañeros, segun se hallaba su bolsillo secreto mas ó menos abundante. Observado todo esto por su maestro, y viendo en esos mismos entretenimientos la disposicion que manifestaba, indicó á su madre lo conveniente que sería dedicarlo á las artes; la madre en quien el mal entendido orgullo de siglos anteriores, no habia aun desaparecido del todo, se resistió algun tanto á esta insinuacion, pero fueron tantas las instancias del maestro, que al fin fué colocado en la academia de bellas artes: el primer año que asistió á la academia no hizo los mayores adelantos, pero en el segundo lució ya de tal suerte, que se captó desde luego la voluntad y el aprecio de todos los profesores, los cuales le suministraban cuadros y estampas, que copiaba nuestro artista con mucho entusiasmo, complaciéndose todos sus maestros de los adelantos y extraordinaria afición del discípulo.

Estos fueron sus primeros trabajos artísticos, y los primeros laureles que ganó en la noble profesion que habia emprendido; pero no queriendo su madre que abandonase del todo la carrera literaria á que lo habia dedicado, le hizo asistir á las clases de latinidad de Santo Tomas, donde se portó con dignidad y aplicacion captándose tambien el aprecio, la amistad y el cariño de todos sus directores y maestros.

Una casualidad contribuyó mucho á que no descuidase la pintura, y á que su incansable afición por esta noble arte fuese cada día mas intensa; vivia frente de su casa un dorador de molduras llamado Don Juan de Ojeda, el cual viendo la afición de Esquivél, le dió varios cuadros á copiar, y le brindó desde luego con su casa y estudio; desde entonces pasaba en casa de Ojeda la mayor parte del día, siempre pintando, copiando ó dibujando, y estos ejercicios le valieron no poco para sus mayores adelantos en la academia. Los progresos que hizo en ella, y el buen nombre que habia adquirido, contribuyeron mucho á que D. Francisco Ojeda, hombre amantísimo de las artes, prometiéndose felices resultados de su talento y aplicacion, le llevase á su casa y le suministrase todo lo necesario para su subsistencia y educacion en aquella época: su madre estaba sumamente complacida con el partido que su hijo se habia grangeado en tan poco tiempo, y se daba por muy contenta con haber accedido á las insinuaciones de su maestro. Poco antes de esta época habia estado Esquivél aprendiendo al lado de don Francisco Gutierrez, artista sevillano de bastante mérito y excelente imitador de Murillo; pero este artista meramente práctico, no llenó los deseos de su alumno, que dotado de un talento superior y de una aplicacion estremada, halló bien pronto reducida y escasa la escuela de Gutierrez, así como halló tambien poco despues escasa y reducida la de todos los demas artistas sevillanos. Esquivél habia nacido con un génio creador y fecundísimo, y no le era posible aprisionarse en un campo tan estrecho á sus vastas y grandes creaciones.

Ocurrió por este tiempo el memorable sitio de Cádiz y defensa del Trocadero en 1823, en que tanta parte tuvieron los nacionales de Sevilla; entre ellos se hallaba Esquivél, sirviendo en la 7.<sup>a</sup> compañía que mandaba el Excmo. Sr. Don Manuel Cortina, y con este motivo, se halló en todas las acciones y escaramuzas á que dió lugar este célebre sitio, y en todas ellas se distinguió por su caballería y valor, mereciendo por estos hechos que el gobierno le agraciase en 1840 con la cruz y placa del sitio de Cádiz. Su capitán don Manuel Cortina le distinguió y apreció cual se merecia por su pundonor como soldado, por sus buenas prendas y talento: pero en medio de los sinsabores que le ocasionaba la carrera militar, no abandonó jamás el lápiz y el pincel, y los ratos que le dejaba vacantes el servicio, los empleaba en las artes manejando con la misma destreza y valentía la espada de Marte, que el



pincel de Apeles. Vemos pues, á Esquivél que lejos de acobardarse por la multitud de obstáculos que se oponían á el logro de sus deseos y de sus planes, no desmayaba un momento, teniendo siempre fija la idea en el porvenir que tan risueño debía mostrársele luego; sólo con una constancia tan grande se logra arribar algún día al templo de la inmortalidad.

Vuelto á Sevilla, concluida su misión como soldado, volvió á su vida artística siempre con fervor y con ansia de saber; todo cuanto veía ejecutaba, y así logró hacerse apreciar de todos cuantos le conocían; todos le empleaban y gratificaban, y entre ellos fué uno de los que mas le socorrieron don Guillermo Estrachan, secretario que habia sido del gobierno político de Sevilla; el cual le hizo vivir en su casa muchos días, empleándole en obras para su museo particular, y gratificándole estos trabajos con esplendidez y caballerosidad.

A la edad de 21 años, casó con doña Antonia Rivas, señora de bellísimo trato y de distinguida familia; siguió algunos años mas viviendo en Sevilla y pintando pródiga y rápidamente, cuadros que vendía á los chalanes de Sevilla y á los particulares, y continuó de este modo algunos años, hasta que intentó trasladarse á Madrid en compañía de su amigo don José Gutierrez; pero no hallándose con recursos para emprender este viage, y no queriendo por otra parte dejar á su familia aislada y sin medios, desistió por entonces de ese proyecto. Poco dinero necesita un artista para un viage, así que con dos onzas que le suministró el cónsul inglés, Mister Willans salió de Sevilla y se dirigió á la corte; ya en este tiempo pintaba con inteligencia y saber, en medio de no haber tenido nunca un maestro constante que lo dirigiese.

Apenas llegó á Madrid, fué admitido sócio en la academia de san Fernando, y en primero de julio de 1832 nombrado sócio de mérito de la misma; esto fué para el artista una prueba del aprecio que le dispensaban todos y del partido que se habia ya grangeado. Trabajó en la corte algunas obras que le adquirieron reputación y nombradía, y con este motivo pensó quedarse en Madrid y trasladó á ella su familia. Ya la fortuna habia al parecer dejado de avasallarle, y el porvenir se le mostraba mas alhagüeño; gozaba en la corte de buena reputación, se hallaba alhagado de las personas mas notables y su fortuna no era tan escasa.

Fuó uno de los fundadores del liceo de Madrid, y tanto en esta como en las demas corporaciones á que pertenecía, contribuyó mucho á su crédito y lustre. Su nombre era apreciado y admirado en España, y no dejó de recoger laureles, glorias y fortuna en todo este tiempo; pero glorias, laureles y lisonjas que el peso terrible de una nueva desgracia habian de secar, agriando y entristeciendo sus días. Todos conocen el hecho á que nos referimos y todos habrán sentido como nosotros lo sentimos entonces, un suceso que pudo privarnos de este apreciable artista; por fortuna no fué el golpe tan terrible como todos creíamos, y el mágico y bello pincel de Esquivél, volvió á recobrar la animación, belleza y suavidad, que tan bien expresadas hemos visto en sus últimas producciones.

En el año de 1840, cuando ya se hallaba como hemos dicho ocupando un lugar distinguido entre los buenos artistas de la corte, un humor herpético que le cayó á los ojos, hizo que todos sus amigos y admiradores llorásemos su pérdida, creyéndola del todo irremediable; entonces fué cuando se conoció verdaderamente el mérito de sus obras, todos sus cuadros se los arrebatában de las manos, ora fuesen concluidos, en bosquejo, y aun sus dibujos y apuntes, y en muy poco tiempo se vió libre de la infinidad de obras que poseía; fruto de su incansable estudio y trabajo, y de la facilidad de su pincel, siempre bello, siempre suave y siempre rápido.

Los liceos, los teatros, las corporaciones todas, acudieron con beneficios á su favor, á socorrer al desdichado artista; los poetas en tiernas elegías, en sentidas odas y en robustísimos sonetos, hicieron resonar por todas partes la grande pérdida que habian sufrido las artes.

Esta desgracia era la única que le restaba padecer á el que siempre habia sufrido los mas amargos golpes de la suerte; elevado con mil trabajos y fatigas de una vida afanosa y desgraciada, á la que ya gozaba en este tiempo, y cuando tocaba el término de su escabrosa carrera y esperaba un descanso justo despues de tantos años de penalidades, privaciones y trabajos; el destino le condena á la mas cruel de las desdichas; para todos los hombres es una desgracia insoportable quedar privados del avista, sobre todo cuando hemos gozado algun tiempo de este bien inestimable; pero para un artista es la desesperación, es la muerte, tanto mas terrible cuanto le condena á vivir sin poder gozar lo mas mínimo de aquellas ilusiones que tanto han alhagado su fantasía y su imaginación, y que han sido por toda la vida su anhelo y su esperanza, ¿cuál seria la desesperación de nuestro artista viéndose alhagado de la sociedad, al tocar sus pinceles, sus lienzos, y no poder gozar de la belleza de sus obras é imposibilitado ya de crearlas; dotado de un genio eminentemente creador, sin poder ejecutar sus pensamientos, y desahogarse de aquel cúmulo de ideas y de creaciones que se agolparian á su acalorada y ferviente imaginación? No extrañamos por lo tanto que su entendimiento exaltado y ofuscado por una desgracia tan terrible, buscara en la muerte un consuelo á las penalidades y desgracias que le agobiaban; no lo extrañamos aunque condenemos el suicidio como criminal á todas luces; porque hay momentos en que el hombre se olvida hasta de sí mismo y de sus mas sagrados deberes, y Esquivél se hallaba en este caso. La experiencia le ha hecho ver despues lo monstruoso de este pensamiento, y él mismo al recordarlo hoy no puede menos de dar las mas sinceras gracias á el virtuoso amigo que le impidió la ejecución de este atentado, que hubiera privado á la patria de un hijo que tanto honor le hace, y al mundo de la multitud de obras que su fecundo genio ha creado despues.

La enfermedad continuaba, sus ojos estaban cubiertos con el denso velo, los médicos empleaban en vano todos los secretos de su difícil ciencia, y el enfermo no experimentaba alivio: desesperado de su angustiosa situación, cansado de tanto padecer y de la inutilidad de los remedios que con él habian empleado, se decidió por fin á aplicarse uno terrible y espuesto que le suministró su amigo don Santos Alonso del comercio de Sevilla: consistia este en unas fuertes y espuestísimas fumigaciones que habia de aspirar por espacio lo menos de quince días, y que como le advirtió el mismo que le suministró el medicamento, no eran todos los que podian sufrirlas; pero entre una vida angustiosa y llena de pesares, y la incertidumbre del remedio, no dudó nuestro artista en escoger este último: la fuerte naturaleza de Esquivél y el cuidado con que se le administraron las fumigaciones, hicieron que estas diesen buenos resultados sin causar lamentables estragos, y con efecto á los siete días ya sus ojos percibían la benéfica influencia de los rayos del sol; siguió tomando las fumigaciones, y á los quince escasos, ya se hallaba casi completamente bueno, aunque sentía la vista sumamente irritada efecto de la fortaleza del remedio; pero este defecto fué desapareciendo, y corrigiéndose por el tiempo y los baños, que tomó por espacio de algunos años: no ha sido completa su curación, si bien la debilidad de su vista no le impide trabajar constantemente, y quizá mas de lo que su salud le permite. Recobrada esta, fué su primer cuidado corresponder á las muestras de aprecio



y generosidad, con que el liceo de Madrid le habia socorrido durante su desgracia, y con este motivo regaló á el liceo el famoso cuadro de la *caída de Luzbél*, que se conserva en sus salones al lado de otros muchos del mismo autor, como una de las mas preciosas joyas que posee esta ilustrada corporacion.

Réstanos ahora, antes de concluir esta biografía, decir algo acerca de las diversas opiniones que respecto á su mérito artístico existen. Todos los amantes de las artes le aprecian, pero hay unos que le consagran uno de los primeros puestos entre los artistas de mas nota de estos últimos tiempos, y otros que solo le consideran como un artista de segundo orden; para nosotros es muy fácil de resolver este problema, Esquivél no es un artista que trabaja solo por la gloria, sino que á veces recuerda con oportunidad aquel dicho de Lucas Jordan, *la gloria en el cielo, y en la tierra el dinero*; y no es esto ambicion de oro, ni mezquina avaricia, en su posicion seria una temeridad necia, vivir solo para la gloria. En una palabra Esquivél es un artista nacional, ha estudiado las exigencias y las necesidades de su patria, y con arreglo á ellas trabaja; asi es, que Esquivél á quien mil veces hemos oido decir que por su gusto no haria un solo retrato, sin embargo tiene su casa siempre llena de ellos; y si no se decidiera á hacerlos, es muy probable que viviese en la indigencia. La época de las grandes lizas de los artistas, los reinados de los Carlos y Felipes, los tiempos finalmente en los cuales los artistas estaban seguros de la recompensa y de la gloria, murieron ya, al menos en España, y es preciso no hacerse ilusiones y vivir segun la época, la época es de oropel, pues de ese modo es preciso que trabaje el artista que quiera vivir de sus pinceles, no de mala manera y como quien dice de mogollon, sino bien, perfecto en lo que cabe, pero ligero y superficial. Esquivél entre la multitud de cuadros que ha hecho de este modo, cuenta bastantes, quizá mas que ningun otro artista de esta época, en los que ha trabajado exclusivamente por la gloria, prueba de ello los muchos premios que ha recibido en el liceo, y la multitud de cruces y distinciones con que le ha honrado el gobierno de S. M.

La critica mordaz tambien ha ensañado sus garras terribles contra Esquivél en distintas ocasiones, y con este motivo recordamos el dicho de un artista de esta época sobradamente satírico el cual, viendo el hermoso retrato del ex-rejente hecho por Esquivél, y sorprendiéndole como á todos los que lo han visto, la brillantez de los dorados y cruces, se contentó con decir para afeor lo demas del lienzo, *qué lástima que este cuadro no fuese todo de oro*. Si escribiésemos la historia de Esquivél, y no un reducido artículo biográfico, nos tendríamos con gusto á examinar aqui algunas de sus mejores obras; añadiendo tambien algunos mas pormenores de su vida, que tal vez el lector haya buscado en vano entre estos mal trazados renglones, pero lo reducido de un artículo que no hemos querido extender demasiado, nos obliga á concluir mas pronto de lo que á nuestros deseos cumple.

Multitud de distinciones y honores debidos á su mérito y buenas obras, han alagado á Esquivél en estos últimos tiempos, y los títulos de caballero de la Real orden Americana de Isabel la Católica, comendador de la misma, sócio de mérito de la Nacional de S. Fernando, sócio fundador del Liceo Artístico y Literario de Madrid y otros varios, han recompensado bastante sus trabajos y penalidades.

Su casa es la reunion de los hombres mas eminentes del estado, de los literatos de mas nombradia, que pasan muchas horas al lado de nuestro artista admirando sus obras.

Ultimamente, ha sido agraciado por S. M. con el honor y cargo de pintor de cámara. Mucho pueden esperar las artes de la incansable aplicacion, buen talento y admirable ejecucion de este artista que no dudamos será en breve uno de los mas distinguidos de España.

Sus admiradores son en un número crecidísimo, entre los cuales tiene el honor de contarse su antiguo discípulo, y el mejor y mas sincero aun que inútil de sus amigos.

LUIS VILLANUEVA.

## CAUSAS CÉLEBRES.

### VANINKA.

En un día de los últimos del reinado de Pablo I, es decir, hacia la mitad del primer año del siglo presente, y despues de dar las cuatro en la iglesia de San Pedro y San Pablo, cuya cúpula y aguja de oro domina las murallas de la fortificacion de la ciudad de San Petersburgo, comenzaban á reunirse grupos considerables de gentes frente á la casa del general conde de Tchermayloff, ex-gobernador de una ciudad importante, situada en el distrito de Pultova. Lo que habia dado ocasion á detenerse á los primeros curiosos, fué los preparativos que se hacian para verificar la sentencia de un esclavo del general que desempeñaba las funciones de barbero, y que habia sido condenado al suplicio del knout (1).

(1) El suplicio del Knout estaba bastante generalizado en Rusia en la época de que se trata, especialmente para castigar á los esclavos, y consiste en golpear las espaldas con un látigo.

No obstante que en San Petersburgo era bastante comun la aplicacion de este género de pena, no por eso llamaba menos la atencion, cuando se hacia públicamente, siendo causa como ahora sucedia de que se detuviesen delante de la casa del general todos los que por allí pasaban.

Por lo demas, por incómodos ó impacientes que estuvieran los espectadores, no habia derecho ni tiempo para quejarse de lo que les hacian aguardar, porque apenas serian las cuatro y media, cuando un joven como de veinte y cuatro á veinte y seis años, vestido con el vistoso y elegante uniforme de los ayudantes de campo, y el pecho cubierto de condecoraciones, se apareció en las gradas del edificio y frente á la puerta que daba entrada á las habitaciones de la casa. Allí se detuvo un instante y fijó su mirada en una ventana, cuya colgadura herméticamente plegada no dejaba la menor esperanza de satisfacer su curiosidad por pequeña que fuera; en seguida conociendo que seria inútil el tiempo que emplease en mirar de esta parte, hizo una seña con la mano á un hombre que se mantenía de pie cerca de



una puerta que comunicaba á los departamentos destinados á los esclavos y criados. Al punto desapareció para volver inmediatamente, precedido de dos hileras de esclavos á quienes obligaban á asistir á la ejecucion, cuyo espectáculo debía servirles de escarmiento, y acompañado del culpable que iba á sufrir el castigo de su falta. Este era como dejamos dicho el barbero del general, y en cuanto al ejecutor era el que desempeñaba los oficios de cochera, que acostumbrado á manejar el látigo, cumplia diestramente su deber cada vez que se ofrecia una ejecucion de este género, haciendo las funciones de verdugo; funciones que por otra parte nada le rebajaban de la estimacion y amistad de sus camaradas, convencidos de que solo en los suplicios se agitaba el brazo de Ivan, no su corazon que sinceramente los deploraba. Ademas, como su brazo así como tambien el resto de su persona, eran propiedad del general y podia mandarle lo que gustase, no causaba admiracion que desempeñase semejante empleo. Habia otra razon ademas, y es, que cualquier correccion administrada por Ivan era menos dura que aplicada por otra mano, porque siempre procuraba contar algunos golpes de mas, ó si se veia forzado por el que asistia á la ejecucion á rectificar la cuenta, se arreglaba por lo menos de suerte que la estremidad del látigo hiriese la tabla sobre la que tendian al paciente, quitando al golpe de esta manera su mas dolorosa percusion. Tambien cuando á su vez le tocaba á Ivan disfrutar del lecho fatal y recibir por su cuenta lo que acostumbraba administrar á los demas, tenia entonces para con él su representante en el oficio de ejecutor, los mismos miramientos y consideraciones que Ivan con sus camaradas, acordándose no mas de los golpes ahorrados y no de los recibidos. Asi es que este cambio de buenos procedimientos, mantenía entre Ivan y sus compañeros una dulce fraternidad que nunca era mas estrecha que en el momento que debia verificarse una nueva ejecucion: es cierto que alguna vez la primera hora que la seguía que era la del dolor, hacia juzgar á la victima injustamente de su verdugo, pero era muy raro cuando no desaparecia esta prevencion en la noche del mismo día, ó tambien que se prolongase mas tiempo del que tardaba Ivan en beber un vaso de aguardiente á la salud del castigado.

El esclavo sobre el que debía Ivan ejercer esta vez su destreza, era un hombre como de treinta y cinco ó treinta y seis años, sus cabellos y barba rojos, de mas que mediana estatura y que revelaba su origen griego en su mirada, que no obstante el temor que le poseia, conservaba, si nos es lícito decirlo así, tras de esta momentánea expresion, su carácter habitual y sus instintos de disimulacion y astucia. Asi que llegaron al sitio en que debía verificarse el castigo, se detuvo el esclavo, echó una mirada sobre aquella ventana que ya habia llamado la atencion del ayudante y que permanecía cerrada; despues volvió sus ojos para mirar á la multitud que obstruía la entrada de la calle y acabó por fijarlos con un doloroso estremecimiento de espaldas en el banco sobre que debía tenderse. No dejó de percibir Ivan este movimiento de su amigo, y acercándose á él para desabrochar su vestido, aprovechó este instante para decirle á media voz.

—Vamos, Gregorio, valor.

—Ya sabes lo que me has prometido, respondió este con una indefinible expresion de súplica.

—No tengas cuidado Gregorio, en los primeros golpes ten paciencia, nada puedo hacer, porque nos estara mirando el ayudante del general, pero en los últimos yo cuidaré contar alguno de mas.

—Sobre todo, ten cuidado con el cabo del látigo.

—Yo lo haré lo mejor que pueda, Gregorio, no lo sabes ya? no me conoces?

—Ah! si, respondió tristemente.

—Y bien! dijo el ayudante.

—Vea vuestra nobleza que ya estamos aqui, respondió Ivan.

—Mirad, mirad, exclamó el pobre Gregorio dispensando al jóven capitán por lisongearlo, el título de *vousco korodie*, bajo el que se designa á los coroneles, me parece que abren la ventana de la señorita Vaninka.

El jóven dirigió vivamente la vista hacia aquel sitio que ya anteriormente habia llamado su atencion; pero ni uno solo de los pliegues de la colgadura de seda que se veía al traves de los cristales, se habia agitado.

—Te engañas, bellaco, dijo el capitán apartando lentamente su mirada de la ventana, como si esperase tambien que se abriese, te engañas; ademas que tiene que ver aqui tu noble señorita?

—Perdon, excelencia, continuo Gregorio dispensando al ayudante un nuevo grado; pero es que.... como ella es la causa de lo que voy á recibir.... pudiera ser que se apiadara de un pobre criado.... y....

—Silencio, dijo el capitán con extraño acento y como si él mismo participara de la opinion del esclavo y sintiera que no le perdonase Vaninka.—Silencio y despachemos.

—Al momento, al momento dijo Ivan; despues dirigiéndose á Gregorio continuó:—Vamos camarada, ya llegó el instante.

—Gregorio lanzó un profundo suspiro, echó una última mirada á la ventana y viendo que todo permanecía en el mismo estado, se decidió á arrojarle sobre la tabla; al mismo tiempo otros dos esclavos que habia escogido Ivan para que le ayudasen, le cogieron de las manos y ataron sus muñecas á dos postes dispuestos á distancia conveniente de suerte que se encontró como si estuviera en cruz: despues le hicieron poner el cuello dentro de una argolla y viendo terminados los preparativos y que ninguna señal favorable aparecia en la ventana siempre cerrada, el ayudante hizo una seña y dijo:—Vamos.

—Aguarde un poco vuestra nobleza, dijo Ivan, retardando aun la operacion con la esperanza de que se mostrara la ventana menos inexorable; tiene un nudo mi látigo y si lo dejase, podria Gregorio quejarse de mí.

El instrumento que entretenia al ejecutor y cuya forma debe ser desconocida de nuestros lectores, consiste en una especie de látigo cuyo palo ó mango tiene como dos pies de largo; á este palo se halla sujeta una tira plana de cuero de dos dedos de anchura y cuatro pies de longitud, y terminándola un anillo ó sortija de cobre ó de yerro, la que sostiene como continuacion de la primera otra tira tambien de cuero mas estrecha, y estrechándose cada vez mas hasta que termina en punta; esta última parte del látigo la dejaban empaparse de leche, despues la ponen a secar al sol, de suerte que con esta preparacion su estremidad se pone tan cortante y aguda como una lanceta. Ademas cada seis golpes se cambia el cuero, porque el contacto de la sangre suaviza algun tanto el primero de que se sirven.

Apesar de la poca voluntad y destreza que empleaba Ivan para desatar el nudo, le fué preciso acabar; ya entonces comenzaban á murmurar los espectadores, y el rumor que producian sacó al capitán de la distraccion á que habia dejado arrastrar su espíritu sin pensarlo; alzó la cabeza que tenia inclinada al pecho, se dirigió de nuevo al cochera y con acento y ademán que no admitia retraso de ningun género ordenó comenzarse la ejecucion.

Ya no habia remedio posible, Ivan tenia que obedecer; así es que no trató de buscar un nuevo pretexto: hizose dos pasos atras para tomar terreno y poniéndose de puntillas agitó el látigo por cima de su cabeza y sacudió un golpe á Gregorio, pero con tal destreza que



la tira de cuero se enroscó al cuerpo de la víctima como si fuera una serpiente y fué su estremidad á herir la parte inferior de la tabla que le sustentaba. No obstante toda esta precaucion Gregorio dió un grito, é Ivan contó uno.

A este grito el jóven ayudante se puso á mirar á la

ventana que implacable como siempre no se abrió, y maquinalmente volvió sus ojos hácia el esclavo repitiendo la palabra:—Uno.

El látigo habia trazado un triple surco azulado en la espalda de Gregorio.

Ivan volvió á su puesto y con la misma destreza que



en el golpe anterior dió otro rodeando la tira de cuero tres veces al cuerpo del paciente, y sin que le tocara la feroz estremidad del látigo. Gregorio lanzó un grito é Ivan contó dos.

Esta vez ya comenzó la sangre á teñir su piel.

Al tercero saltaron algunas gotas, y al siguiente empezó á correr. Al otro golpe saltaron al rostro del oficial algunas salpicaduras de sangre y se apartó un poco sacando el pañuelo para limpiarse. Ivan aprovechó este momento de distraccion para contar siete. El capitán no hizo observacion alguna.

Al noveno golpe se paró Ivan para cambiar el cuero, y con esperanza de que una segunda supercheria pasara lo mismo que la primera contó once golpes en vez de diez. En este momento abrieron una de las ventanas del palacio y asomó un hombre como de cuarenta y cinco á cuarenta y ocho años, vestido con uniforme de general y con el mismo acento que hubiera empleado para decir: Animo, y redoblad, así exclamó:

—Basta! y cerró la ventana.

Tan pronto como se verificó la aparicion, el ayudante del general despues de saludarle militarmente, repitió sus órdenes y el látigo ya levantado se agitó sin tocar al esclavo.

—Da gracias á su alta esclencia, Gregorio, dijo Ivan enrollando al palo la correa porque te dispensa de recibir dos golpes: y añadió á media voz y acercándose para desatar una de sus manos, que con otros dos que yo te he barajado hacen solo un total de ocho en vez de doce.—Vamos desatadle vosotros la otra mano.

El pobre Gregorio no estaba en situacion de dar gracias á nadie porque desmayado de dolor apenas podia tenerse en pie; le cogieron por debajo de los brazos y

le llevaron acompañados de Ivan á las habitaciones de los esclavos. Cuando iba á entrar ya por la puerta se paró, volvió la cabeza y viendo al ayudante aun que le estaba mirando compasivamente, dijo:

—Señor Fædor, dad las gracias de mi parte á su alta esclencia el general, que por lo que hace á la señorita Vaninka añadió á media voz, me encargo yo mismo de dárselas.

—Qué murmuras entre dientes? exclamó el jóven oficial impulsado por un movimiento de despecho, porque le pareció entrever cierto acento de amenaza.

—Nada, señor, dijo Ivan: agradece el pobre á vuestra nobleza os hayais tomado el trabajo de asistir á la ejecucion de su castigo, y dice que ha sido de mucho honor para él; esto es todo lo que han proferido sus labios.

—Bien, dijo el jóven desconfiando que Ivan cambiase algo del testo original, pero evidentemente sin querer penetrarlo tampoco; que no beba tanto aguardiente, añadió, si quiere evitarme este trabajo, ó por lo menos cuando se emborrache que no pierda el respeto á sus señores.

Ivan hizo un ademan de profunda sumision y siguió á sus camaradas. Fædor se internó por el vestíbulo, y los espectadores se retiraron descontentos de la mala fe de Ivan, y murmurando de la generosidad del general que les habia cercenado cuatro golpes, es decir un tercio de la ejecucion.

Ahora que nuestros lectores, tienen ya conocimiento de algunos de los personajes que figuran en esta historia, nos permitirán les pongamos en relacion con otros que tienen que aparecer, y han permanecido ocultos tras los pliegues de las colgadas y pabellones.

El general conde de Tchermayloff, que despues de



desempeñar como dejamos dicho ya, el gobierno de una de las mas importantes ciudades del departamento de Pultova, habia sido llamado á San Petersburgo por el emperador Pablo I, que le profesaba una amistad particular, permanecia viudo con una hija, que habia heredado la belleza, la fortuna y el orgullo de su madre, que pretendia descender directamente de uno de los capitanes de raza tártara, que invadieron la Rusia en el siglo XIII. Lejos de combatir á Vaninka estas disposiciones naturales de altanería, las habia escitado su educacion, porque el general viendo á su hija sin madre, y la imposibilidad de ocuparse él mismo de su cuidado, habia escogido por aya de la jóven á una señora inglesa, que en vez de luchar con las altivas ideas de su educanda, procuraba en cuanto podia su mayor desarrollo, atrincherando su natural aristocrático con los razonamientos y principios que constituyen á la nobleza inglesa, la mas orgullosa de la tierra. Entre los diferentes estudios que cultivó Vaninka, hubo uno al que se entregó especialmente, y era, si puede decirse así, al perfecto conocimiento de su posicion: tambien aprendió el grado de poder y nobleza de todas las familias ilustres, y sabia muy bien cuales debian cederle primero el paso, y cuales tambien podian adelantarsele; así es, que sin temor de equivocarse podia designar á cada uno el tratamiento á que tenia derecho por su rango, cosa á la verdad no muy fácil en aquel pais. Profesaba un alto desprecio hácia todos los seres que se hallaban en escala descendente de la esclencia, y en cuanto á los criados y esclavos, se comprende bien en el caracter de esta jóven, que para nada los consideraba en el número de sus semejantes.

Vaninka era como todas las mugeres distinguidas de su pais, mas que mediana artista en música, igualmente hablaba con alguna perfeccion el francés, el italiano, el alemán y el inglés. En cuanto á los rasgos característicos de su rostro, se habian desenvuelto en armonía con su carácter, y aunque bella, su hermosura revelaba una espresion indefinible de orgullo y de fiereza. Sus grandes ojos negros, su nariz que hubiera podido servir de tipo ó modelo para determinar la de las magníficas estatuas de Grecia; y sus labios gruesos y algun tanto elevados por sus estremidades, descubrian cierto sentimiento de orgullo que solo se dissipaba ante sus iguales ó superiores, con los que aparecia una muger como todas, mientras que para los mas subalternos se mantenía altanera é inarrodable como una diosa.

A los diez y siete años, y terminada la educacion de Vaninka, determinó su aya retirarse por haber tambien alterado su salud el duro clima de San Petersburgo, y partió para su pais con el fausto del reconocimiento que los señores rusos ostentan, y de que son á esta fecha en Europa últimos representantes: entonces se halló sola Vaninka, sin mas direccion en el mundo que el amor sin límites de su padre, quien su idólatra admiracion hacia la considerase como el mas completo conjunto de las perfecciones humanas.

En esta situacion se encontraban las cosas en casa del general, cuando recibió una carta que le escribia uno de los amigos de su infancia, próximo á exalar el último suspiro. Desterrado de la corte á consecuencia de desavenencias acaecidas con Patemkin, se habia visto el conde de Romayloff interrumpido en su carrera, sin poder reconquistar su perdido favor, y muriendo de tristeza á cuatrocientas leguas de San Petersburgo, no tanto á causa del confinamiento y de su propia desgracia, sino porque esta desgracia cerraba las puertas del porvenir y fortuna á Fëdor su hijo único. Conociendo el conde que debia muy pronto dejarle solo en el mundo y sin apoyo, le recomendaba al general en nombre de su antigua amistad, indicando no le seria difícil

obtenerle una charretera en un regimiento, mediante el favor y gracia que merecia á Pablo I. El general le contestó al punto que su hijo tendria en él un segundo padre y un protector, pero cuando llegó este mensaje, habia dejado de existir Romayloff, siendo Fëdor quien la recibió y se presentó con ella, para anunciarle la pérdida que acababa de experimentar, y con objeto de reclamar la ofrecida proteccion; mientras sucedia todo esto, el general habia solicitado el empleo para su ahijado, y Pablo I le concedió una subtenencia en el regimiento de Semonowski, de suerte, que desde el dia siguiente de su llegada, entró Fëdor ya en las funciones del servicio.

A pesar de que el jóven oficial no hizomas que pasar por decirlo así á través de la casa del general, para alojarse en los pabellones del cuartel de la Litenoi, sin embargo fué lo bastante para ver á Vaninka, y conservar de ella un profundo recuerdo: es verdad que el corazon de Fëdor estaba poseído de las primeras y generosas pasiones de la juventud; que era grandísimo el reconocimiento que profesaba á su protector que le abria una carrera brillante; y que todo lo que le tocaba ó pertenecia en algun modo, le parecia tener derecho á su gratitud; todo esto quizá le exajeraba á sí mismo la hermosura de la que le presentaron como su hermana, y que á pesar de este título le recibió con la frialdad y el orgullo de una reina; mas esta aparicion ceremoniosa y glacial, habia dejado impresa su huella en el corazon del jóven, de manera que su llegada á San Petersburgo fué inaugurada con una impresion nueva y para él desconocida hasta entonces.

Por lo que toca á Vaninka, apenas reparó en Fëdor, lo que nada tiene de extraño, pues que al fin ¿que suponía en su ánimo el porvenir y fortuna de un oficial subalterno? Soñaba continuamente conseguir el amor de algun príncipe que la hiciese señora de las mas poderosas de Rusia, y Fëdor no podia prometerle un porvenir de este género, á menos que se realizase alguno de los sueños de las Mil y una noches.

Pocos dias despues de esta primera entrevista vino el oficial á despedirse del general, porque su regimiento constituia parte del contingente de tropas que conducia á Italia y bajo sus órdenes, el mariscal Suvarow; Fëdor marchaba impulsado por el noble y generoso propósito de morir, ó hacerse digno de la consideracion de su noble protector.

Esta vez, bien fuese que el elegante uniforme del oficial realizase lo bello y marcial de su presencia, ó que ya en el momento de partir y con la exaltacion de la esperanza, coronase al jóven su entusiasmo de una aureola de poesia, se dignó Vaninka admirada del cambio que se habia operado y á invitacion de su padre, presentar la mano al que venia á ofrecerles su despedida. Esto era mucho mas de lo Fëdor se atreviera á esperar, y así arrodillándose como en presencia de una reina, tomó entre sus temblorosas manos la de Vaninka y la llevó á sus labios. La jóven al sentir el contacto de su leve presion, se estremeció y retiró rápidamente su mano cubriéndose al mismo tiempo sus mejillas de un vivo carmin. Fëdor entonces creyendo la habia ofendido este á Dios tan puro y respetuoso, permaneció arrodillado y juntando sus manos, la echó una mirada que espresaba sin género de duda, imploraba su indulgencia; la jóven olvidándose un momento de su orgullo le tranquilizó con una sonrisa. Fëdor se levantó lleno de una alegria indefinible, sin poder explicar de que provenia, comprendiendo solamente que no obstante iba á apartarse de Vaninka, nunca habia experimentado tanta felicidad como en este instante.

Marchó el jóven oficial lleno de ilusiones y ensueños porque el horizonte que descubria, ora brillante ó funesto lo consideraba digno de envidia: creyó leer



en los ojos de Vaninka que conservaría un recuerdo, si su destino era que una sangrienta tumba encerrase para siempre y lejos de su patria sus restos mortales, y si alcanzaba la gloria que su carrera le ofrecía, ella le conduciría en triunfo á San Petersburgo y la gloria es una deidad que hace milagros en beneficio de sus favoritos.

El ejército de que nuestro joven constituía parte, cruzó por Alemania, desembocó en Italia por las montañas del Tirol y entró en Verona. Este ejército lo mandaba Suvarow. Abrió sus campañas rindiendo á Brescia, entró en Triviglio y rindió á Bergama; y en fin de allí á pocos días vivaqueaban sus tropas á tiro de cañon de los puestos avanzados de los franceses. Este día escribió Fœdor al general Tchernayloff.

«Nos hallamos por fin frente de los franceses; mañana debe empeñarse una gran batalla: mañana á la noche estaré en la eternidad ó seré teniente.»

Al día siguiente se dió en efecto una batalla, pero desgraciadamente el regimiento de Fœdor no entró en accion ni disparó un fusilazo. A esta siguieron otras dos encarnizadas, los franceses se batieron en retirada defendiendo el terreno palmo á palmo, y alcanzando en un punto ventajas que perdian en otro. Mas uno de sus generales, el general Beker que mandaba la retaguardia, prefiriendo la muerte á retirarse, esperó á pié firme y vió caer muertos á su alrededor sus mejores oficiales y soldados, hasta que acometido por todas partes tuvo que entregar su espada á un oficial ruso, y rendirse prisionero; el oficial lo dejó custodiado por los soldados y voló á mezclarse nuevamente en el combate. Concluida la batalla convidó Suvarow al general Beker á comer, y le preguntó quién le habia hecho prisionero. Beker contestó que un oficial joven del primer regimiento que se habia apoderado de la trinchera del campo; el regimiento era el de Semanowskoi y el general en jefe mandó se informasen del nombre del oficial. Un instante despues anunciaron al subteniente Fœdor Romayloff que venia á entregar á su general la espada del prisionero. Suvarow lo convidó tambien á su mesa.

Al día siguiente escribió Fœdor á su protector.

«He cumplido mi palabra, soy teniente y el mariscal ha pedido para mí á su magestad Pablo I, una condecoracion que honre mi pecho.

A estas victorias sucedieron otras y habiendo sido herido Fœdor en la toma de un fuerte, le concedieron otra cruz y el grado de capitán.»

Todo hasta aquí habia presentado un aspecto risueño, y mientras que Suvarow permaneció en las magníficas y feraces llanuras de Italia solo tuvo ocasion de elogiar el denuedo y constancia de sus soldados; pero cuando tuvo precision de abandonar estos campos y vieron alzarse á su vista las arcillosas y nevadas cumbres de San Gothard, desapareció la energía y se apagó el entusiasmo de los hijos del Norte. Entonces ocurrió el mas grande ejemplo de insubordinacion que ha dado ejército alguno, dando motivo á su general para ofrecer el mas cumplido rasgo de pundonor militar. Mas ya habia comenzado á eclipsarse la estrella de la fortuna de Suvarow y pronto de encuentro en encuentro, de batalla en batalla y á pasos de gigante, fué perdiendo las ventajas que antes habia conseguido; derrotado en todas partes y ofreciendo sus soldados el mas sublime cuadro de heroismo y resignacion, retirábanse por medio de horribles desfíladeros, perdiendo su artillería y teniendo hasta que abandonar sus heridos. Atravesaron por montañas en que los cazadores del país se quitan sus zapatos y marchan agarrándose á los picos mas salientes de las rocas, en fin por caminos que las fieras habitantes de aquellas regiones, pisan con dificultad y raras veces.

TOMO II.

Suvarow, por fin, consiguió reunir los restos de su ejército en las cercanías de Lindes, y llamó á otro de sus generales que con un pequeño cuerpo de tropas ocupaba á Bregenz, pero toda su gente reunida no ascendia mas que á treinta mil hombres, y era todo lo que quedaba del contingente de los ochenta mil que habia suministrado á la coaliccion Pablo I. Suvarow furioso contra los aliados que le habian comprometido, declaró que esperaba las órdenes de su emperador á quien habia enterado de la conducta de sus amigos, antes de emprender otra campaña en combinacion con sus ejércitos.

La respuesta de Pablo fué que emprendiera con sus tropas el camino de Rusia, donde le esperaba con impaciencia; que en San Petersburgo haria su entrada triunfal, añadiendo en la misma comunicacion que Suvarow tendria todo el resto de su vida por habitacion el mismo palacio imperial, y que se erigiria á su memoria un monumento en una de las plazas públicas de San Petersburgo.

Fœdor recibió la noticia del regreso del ejército con indefinible júbilo, porque iba á ver otra vez á Vaninka; él habia sido uno de los que primero se precipitaban cuando habia ocurrido algun peligro que salvar, lo mismo en las llanuras de Italia, que en las gargantas del Tesin ó sobre los hielos del monte Prágel; entre los nombres citados como dignos de recompensa, siempre habia figurado el suyo y Suvarow era demasiado valiente para prodigar honores y elogios cuando no eran bien merecidos. El pues, era digno de la consideracion de su noble protector, y hasta quién sabe? quizá del amor de Vaninka. Ademas el mariscal le dispensaba su amistad, y nadie imaginaba hasta donde podia conducir la amistad de Suvarow, á quien tanto honraba y queria el emperador.

No podia ni debia nunca fiarse mucho en el favor de Pablo I, cuyo carácter era un compuesto de movimientos é impulsos opuestos y encontrados, así que sin desmerecer en nada de su amo y sin saber de donde le provenia su desgracia, recibió Suvarow delante de Riga una orden del emperador comunicada por su consejero privado, en que le significaba, que habiendo tolerado á sus soldados la infraccion de una ley disciplinaria, le exoneraba de todos sus honores y empleos y le prohibia presentarse á él.

Semejante golpe fué para el anciano guerrero de mas efecto que si le hubiera confundido un rayo, y fué para su existencia lacerada con los reveses que habia experimentado, lo que las tempestades que aparecen al ponerse el sol para terminar el curso de un día claro y brillante. Reunió en la plaza de Riga á todos los gefes y oficiales del ejército y se despidió llorando como un padre que vá á separarse de sus hijos; despues de abrazar á los generales y coroneles, apretó la mano de todos los demas oficiales y despues tambien de exalar sus labios un último á dios, se lanzó en un trineo y caminando noche y día llegó de incógnito á la misma capital en que debió entrar en triunfo y se alojó en casa de un pariente suyo, en un apartado cuartel de la ciudad, donde espiró á los quince días quebrantado por el dolor y los disgustos.

Fœdor que habia seguido á su gefe, llegó á San Petersburgo sin que le precediese carta ni aviso alguno, y como no tenia ningun pariente en la capital y su vida entera la tenia consagrada ya á una sola persona, se hizo conducir á casa del general situada á la orilla del canal de Santa Catalina y apeándose ligero del coche, se lanzó en el atrio, subió las gradas, y abriendo la primera puerta mampara se apareció á los criados y ordenanzas que dieron un grito de sorpresa; preguntó por el general, y le contestaron abriendo la puerta y diciendo estaba con su hija tomando el desayuno.

Entonces por efecto de una estraña reaccion, sintió que le temblaban las rodillas, tuvo necesidad de apo-



yarse en la pared para no caer, y en este momento que volvía á ver á Vaninka, á aquella mitad de su alma que le habia hecho esforzado en los combates y á cuya imagen debia su gloria, le estremeció el temor de no hallarla en el mismo estado que la dejó en la época de su marcha. Abrióse la puerta del comedor y apareció á sus ojos la hechicera jóven: así que Vaninka le descubrió, lanzó un grito, y volviéndose hácia el general exclamó:—Padre, es Fœdor! pronunciando estas palabras con el espresivo é instantáneo acento que no permite dudar al que lo escucha y produce, acerca del sentimiento que lo inspira.—Fœdor! exclamó el general levantándose y alargándole los brazos. El jóven titubeó un instante si arrojarle a los pies de Vaninka ó estrechar primero á su padre; pero comprendió que el primer momento debia consagrarlo al respeto y á la gratitud y se echó en los brazos del general. Proceder de otra suerte hubiera equivalido á confesar su amor y carecia de derechos que alegar para una declaración de esta naturaleza, sin conocer siquiera si la jóven participaba de este mismo sentimiento.

Fœdor despues del abrazo á su protector, se volvió hácia Vaninka é hincó su rodilla en tierra como lo hizo cuando se despidió para el ejército; mas un momento solo habia bastado á la altanera jóven para encerrar en lo mas profundo de su corazon los sentimientos que la repentina aparicion del capitán habia despertado; la conmocion que sonroseó su frente habia desaparecido, y vuelto á recobrar su natural altivo y frio como el de una estatua de alabastro, obra del orgullo comenzada por la naturaleza y concluida por la educacion; el oficial besó su mano que estaba temblorosa aunque helada; Fœdor veia disipadas todas sus ilusiones y creyó morir.

—Y tu Vaninka? dijo el general, porque te muestras tan indiferente con un amigo que nos ha causado á la vez tantas inquietudes y regocijo? Vamos Fœdor abraza á mi hija.

El jóven se levantó con ademan suplicante, pero permaneció inmóvil aguardando que otro permiso confirmara el del general.

—No habeis oido á mi padre? dijo Vaninka, sonriendo y sin encontrar en si misma bastante fuerza para ocultar la emocion que vibraba en el fondo de su voz.

Fœdor acercó sus labios á las mejillas de Vaninka, y como al mismo tiempo tenia cojida su mano, le pareció que por un movimiento nervioso independiente de su voluntad, habia apretado aquella mano ligeramente la suya; é iba á exalar un reprimido grito de alegría, cuando echando una mirada sobre la jóven, se estremeció asustado de la palidez de su rostro, y sobre todo de la blancura de sus labios que parecian los de un cadáver.

El general hizo sentar á Fœdor á la mesa y como casualmente Vaninka estaba sentada de espaldas á la luz, no concibió sospecha alguna ni reparó en nada de esto.

Como era natural, el tiempo que duró el almuerzo le pasaron entretenidos en escuchar la relacion de esta estraña campaña, que habiendo empezado bajo el ardiente sol de Italia concluyó en los helados destiladeros de Suiza. Como no hay en San Petersburgo otros diarios que los puramente oficiales, no hay quien publique otra cosa que lo que conviene al emperador que se sepa, así es que se tenian noticias de las batallas en que habia vencido Suvarow, pero se ignoraban sus reveses y las jornadas en que habia sido derrotado; Fœdor refirió los unos con modestia, y los otros con franqueza.

Bien se concibe el inmenso interés con que escuchó el general la relacion de aquella campaña, de boca de un jóven que habia tomado en ella una parte tan activa

y de quien sus dos charreteras de capitán y el pecho cubierto de condecoraciones, demostraban que cumplia con el deber que impone la modestia, olvidándose en la narracion de si mismo: mas el general, demasiado generoso para temer el participar de la desgracia de Suvarow, le habia visitado en el lecho mismo del dolor y de la desgracia, y sabido el valor con que se habia conducido su ahijado. Cuando este concluyó su reseña militar, empezó el general á enumerar las hazañas de Fœdor, y terminó diciendo que al dia siguiente iba á pedir al emperador le concediese tenerle por su ayudante de campo. Al oír Fœdor las últimas palabras del general quiso arrojarle á sus pies, pero este lo recibió en sus brazos y para darle una prueba de la seguridad que tenia de que le concedieran su peticion, le designó desde aquel mismo dia el pabellon que por alojamiento debia ocupar en su casa.

En efecto al dia siguiente regresó el general del palacio de San Miguel, anunciando que su peticion habia sido concedida.

Fœdor estaba loco de alegría: desde aquel momento se encontraba de comensal del general y con la esperanza de constituir algun dia parte de su familia. Vivir bajo el mismo techo que Vaninka, contemplarla á cada momento, respirar el mismo aire, y hallarse frente de ella en la mesa dos veces al dia, era mas de lo que nunca se habia imaginado y pensó que le bastaria esta felicidad.

Vaninka por su parte, á pesar de su natural altivo, profesaba en el fondo de su corazon un interés muy vivo por Fœdor: cuando marchó al ejército adquirió seguridad de que la amaba, y durante su ausencia, habia alimentado su vanidad de muger la gloria que se adquiria el jóven, con la esperanza de que llegara un dia en que disminuyera la distancia que mediaba entre ambos; de manera que cuando le sorprendió su regreso, salva ya una parte de esta distancia, conoció en los latidos de su corazon, que lo que al principio solo lisonjaba su orgullo ahora se habia trocado por otro sentimiento mas tierno, porque tambien amaba á Fœdor, tanto cuanto le era posible amar; mas no por esto cuidaba menos de ocultar esta inclinacion bajo un exterior de hielo, porque este era su carácter, y aunque deseaba que Fœdor supiera su cariño, no queria hacerle comprender ni que adivinase que era correspondido, hasta tanto que el capitán la declarase ser ella el objeto de su pasion.

En este estado continuaron las cosas durante algunos meses y lo que primero habia considerado Fœdor como la supremacia de las felicidades, le parecia ya un suplicio horrible, y en efecto, nada de estrañar era, porque amar, sentir á cada momento desbordarse el corazon por el dominio de una pasion, permanecer siempre noche y dia frente del objeto cuya posesion se ansia, tocar su mano, escuchar el roce de su vestido en las paredes de una galeria, cuando entraba en el salon ó se retiraba de un baile, sentir que se apoya en su brazo y verse forzado á reprimir la espresion de su rostro para no dejar escapar las emociones del corazon, no hay humana voluntad que resista una lucha semejante; Vaninka conocia que Fœdor no tendria la fuerza necesaria para ocultar por mucho tiempo su secreto y resolvió salirle al encuentro y provocar una confesion que sin cesar veia escaparse de sus labios.

Un dia que estaban solos, y que consideraba los inútiles esfuerzos que hacia el jóven para ocultar los sentimientos que experimentaba, le dijo fijando en el capitán una mirada penetrante y dominadora.

—Fœdor, me amais?

—Perdon! perdon! exclamó el jóven.

—Y de que me pedis perdon Fœdor? no es puro vuestro amor?

—Oh! si, si; mi amor es puro, y tanto mas cuanto es sin esperanza.



—Y por qué sin esperanza? preguntó Vaninka; no os ama mi padre como á un hijo?

—Oh! qué decís? exclamó Fëdor; si el general me concediera vuestra mano, consentiríais vos?...

—No es noble vuestra sangre, y caballeroso vuestro corazón, Fëdor? No tenéis fortuna, es verdad; pero yo tengo bastante para los dos.

—Entonces...mas entonces, no os soy del todo indiferente?

—A lo menos os prefiero hasta ahora á todos los que he visto.

—Vaninka! —la jóven hizo un ademán de orgullo.

—Perdonadme! repuso Fëdor, qué queréis que haga? mandadme; yo no tengo voluntad propia delante de vos; temo que os ofenda, cada uno de mis sentimientos: guíadme, yo obedeceré.

—Lo que debéis hacer Fëdor, es pedir el consentimiento á mi padre.

—Vos me autorizais para dar este paso?

—Sí, pero con una condicion.

—Cuál? hablad! hablad!

—La de que mi padre, no sepa nunca cualquiera que sea su decision, que os presentais autorizado por mí; y que nadie sabrá tampoco seguis mis instrucciones; que todos ignorarán la confesion que acabo de hacerlos, y que suceda lo que quiera no habeis de hacer otra cosa que secundar mis deseos.

—Todo lo que queráis! exclamó Fëdor; oh! si, haré nada mas que lo que me ordeneis! No me concedéis mil veces mas de lo que yo esperaba? y si vuestro padre me rechaza, participareis de mi dolor?

—Oh! si; pero no sucederá eso, dijo Vaninka ofreciendo al jóven su mano que besó ardientemente; así pues, esperanza y valor!

Vaninka dejó solo al oficial, que estaba mas trémulo cien veces y mas conmovido que ella. Aquel mismo día Fëdor pidió al general una entrevista.

Este recibió á su ayudante como acostumbraba, risueño y afable, pero despues que Fëdor pronunció algunas palabras refiriéndole el amor tan apasionado y tan puro que su hija le habia inspirado empezó á anublarse su rostro; mas cuando le dijo tambien que este amor habia sido el móvil de las gloriosas acciones que habia elogiado tantas veces, le alargó su mano el general, y casi tan conmovido como su ahijado, le contestó, que durante su ausencia é ignorando la inclinacion que tan generosamente le impulsaba á combatir con ardor, y no conociendo por parte de Vaninka pasion alguna, habia prometido su mano al hijo del consejero privado del emperador á invitacion de este, y únicamente habia exigido no se realizara su enlace hasta que hubiera su hija cumplido diez y ocho años: así á Vaninka no le restaba mas tiempo que cinco meses que vivir bajo el techo de la casa paterna.

Nada tuvo que objetar Fëdor porque en Rusia un deseo del emperador es una orden que desde el momento que se espresa nadie piensa resistir, y tal desesperacion imprimió en el rostro del capitán la contestacion del general, que abriendo sus brazos este recibió en ellos á Fëdor que se arrojó suspirando; entonces le preguntó sobre su hija, pero el jóven respondió segun habia prometido á Vaninka, que ignoraba todo y que no habia contado con ella parará este paso: esto tranquilizó algua tanto el ánimo de su padre que temia hacer dos desgraciados de un golpe.

A la hora de comer, encontró Vaninka solo á su padre. Fëdor no tuvo valor para asistir á la mesa y hallarse delante del general y de su hija precisamente en el momento que acababa de perder todas sus esperanzas, y tomando un trineo se hizo conducir á la parte mas solitaria de las afueras de la ciudad. Durante la comida apenas se dirigieron la palabra padre é hija, pero en

medio de aquel espresivo silencio, solo el general parecia triste y abatido, porque Vaninka con su poderosa fuerza de voluntad, dominaba las emociones que hubiera podido revelar su rostro.

Cuando llegó la noche y se disponia á bajar para tomar el té en compañía de su padre, recibió recado de que el general estaba indispuerto y se habia retirado á su habitacion. Vaninka preguntó acerca de la naturaleza de su indisposicion, y enterada de que no ofrecia sintoma alguno alarmante, encargó al ayuda de cámara portador del recado dijera á su padre si queria le acompañase, ó bien que mandara si se le ofrecia alguna cosa; el general la contestó que no tenia nada, sino que necesitaba descansar y estar solo. Vaninka dijo que se retiraba á su cuarto, y el ayuda de cámara volvió a su puesto en la habitacion de su amo. Apenas se quedó sola mandó á Annouschka su hermana de leche, que desempeñaba á su inmediacion los oficios de camarera, espíase el momento en que regresara Fëdor y la informase de contado.

A las once de la noche volvió el jóven capitán, entró en su cuarto y maquinalmente se recostó en un sillón, abismado por el peso de sus propios pensamientos; á media noche sintió que llamaban á su puerta, abrió y encontró á Annouschka que venia de parte de su ama á decirle pasara al instante á su cuarto. Fëdor obedeció al punto tanto mas admirado del mensaje, cuanto que era mas inesperado.

El capitán se detuvo al llegar á la puerta del aposento de la jóven, porque vestida con una túnica blanca y mas pálida que de costumbre, parecia una estatua esculpida para velar la soledad del sepulcro.

—Acercáos, dijo Vaninka con acento tan natural que hubiera sido imposible distinguir la menor emocion.

Fëdor obedeció á esta orden atraído como el acero por el imán. Annouschka cerró sigilosamente la puerta.

—Ahora decidme, exclamó Vaninka; que os ha contestado mi padre?

El capitán refirió todo lo que habia pasado; la jóven escuchó con atencion é impasibilidad: solo sus labios única parte de su rostro en que se reconocia la circulacion de la sangre, palidecieron hasta volverse tan blancos como la túnica que la ceñia. Por lo que hace á Fëdor, ofrecia en su exaltacion el estremo opuesto, devorado por una fiebre ardiente parecia haber perdido el juicio.

—Y ahora qué pensais, cual es vuestra intencion? preguntó Vaninka con el mismo acento de tranquilidad que anteriormente.

—Preguntais cual es mi intencion Vaninka! que he de hacer, ni que otra cosa me resta que huir de San Petersburgo y buscar la muerte en cualquier parte de la Rusia, en que estalle una guerra?...á no ser que hubiera de agradecer las bondades de mi protector con alguna infamia...

—Sois un loco interrumpió Vaninka con una sonrisa en que denotaba su triunfo y su dominio, porque desde este instante comprendió su superioridad y que iba á dirigir como reina el resto de su vida.

—Entonces, exclamó Fëdor, guíadme; no soy vuestro esclavo?

—Es necesario permanecer aqui, dijo Vaninka.

—Permanecer!

—Si; solo es propio de una muger ó de un niño el confesarse vencido al primer contratiempo, un hombre para merecer verdaderamente llamarse así, un hombre lucha.

—Luchar! y con quién, ¿con vuestro padre? nunca!....

—Quién os habla de luchar con mi padre? á los



sucesos, á las cosas, es á las que debe resistirse; comunemente los hombres no saben dirigir los acontecimientos, sino que por el contrario se dejan arrastrar por ellos. Aparentad á los ojos de mi padre que combatis vuestra pasion de suerte que se persuada sabeis dominaros: considerando ignoro yo el paso que acabais de dar, no desconfiará de mí, exigiré una dilacion de dos años y la obtendré. Quién puede calcular los sucesos que ocurren en este tiempo? Puede morirse el emperador ó el que me destinan para esposo, mi padre mismo, Dios le proteja! puede tambien morir!...

—Pero si se os exigen?...

—Si se empeñasen! interrumpió Vaninka sonroseándose sus mejillas pasageramente, quién había de exigir nada de mí? Mi padre me ama demasiado; el emperador tiene dentro del seno de su casa y de su familia suficientes motivos de inquietud para que piense en turbar la tranquilidad de otras, y últimamente aun me resta un recurso despues de agotado el último: el Nawa corre á cien pasos de aquí, y sus aguas tienen bastante profundidad.

Fëdor lanzó un grito, porque veia impresa en la serenidad de la frente de la jóven y en la contraccion nerviosa de sus pálidos lábios, tal carácter de resolucion, que comprendió la posibilidad de perderla, antes que dominarla y que lograran arrancar su consentimiento.

Los impulsos del corazon del capitán estaban muy en armonia con los estremos del plan que le proponia Vaninka, para que una vez vencidas sus primeras objeciones pensara en oponer otras nuevas. Se sintió ya con valor, y cuando esto no hubiera bastado para disipar sus últimos escrúpulos lo hubiera conseguido la promesa que le hizo tambien Vaninka de indemnizarle secretamente del profundo disimulo que se veia precisado á imponerse en público; además la jóven por su resuelto carácter y por su educacion en consonancia con el, mantenía sobre todos los que la rodeaban y hasta con su mismo padre, cierta influencia, de la cual nadie podia darse explicacion, pero á la que sin embargo obedecian todos. Así es que Fëdor suscribia á los deseos y preceptos de su amada de la misma suerte y con la misma facilidad que consiente un niño, y el amor de la jóven se aumentó considerando combatida su voluntad y satisfecho su orgullo.

Pocos dias despues de esta entrevista nocturna, fué la época en que se cumplió la ejecucion de la sentencia de Gregorio, siendo victima por una falta ligera de que se habia quejado Vaninka á su padre.

Fëdor que en cumplimiento de las funciones de ayudante del general debia presidir la ejecucion, no fijó su atencion en las amenazas que profirió el esclavo cuando le retiraban. Ivan el cocheró despues de ser verdugo, se habia convertido en médico, y aplicaba á las espaldas del paciente las compresas de salmuera que habian de cicatrizar sus heridas. Gregorio habia permanecido tres dias en la enfermeria, durante los que habia atormentado su imaginacion para que le sugiriese los medios de realizar su venganza; despues como al cabo de estos dias se puso bueno, volvió al ejercicio de sus funciones, y escepto él, todos habian olvidado ya lo que habia pasado, y aun á él mismo le hubiera sucedido así, si Gregorio fuera ruso, porque el género de castigo que habia sufrido es demasiado familiar á los moscovitas, para que conserven una larga y rencorosa memoria; mas como dijimos antes, en las venas de este esclavo circulaba la sangre de los hijos de Grecia y así disimulaba; pero sin borrarle aquel dia de su memoria.

A pesar de la condicion de esclavo, el oficio que ejercia Gregorio tan en contacto con el general, le proporcionaba mayor familiaridad que la que podia gran-

garse cualquiera de los otros criados. Además en todos los países del mundo, gozan los barberos de grandes privilegios otorgados por aquellos á quien sirven, viniendo sin duda el ser instintivamente menos severos hacia estos hombres, la consideracion de que diariamente encomendamos nuestra existencia á sus manos durante diez minutos. Gregorio gozaba así de las inmunidades de su oficio, y sucedia casi siempre que la sesion cotidiana que hacia el barbero á la inmediacion del general, se pasaba en una conversacion en que siempre llevaba el esclavo la mejor parte.

Un dia que el general debia pasar una revista y que habia llamado á Gregorio para antes del amanecer, y cuando deslizaba la navaja por su mejilla lo mas suavemente que le era posible, recayó la conversacion, ó mejor dicho fué cuidadosamente conducida, sobre Fëdor; el barbero hizo el mas grande elogio del ayudante de campo, lo que escitó naturalmente á su amo á preguntarle, si no se acordaba de la correccion que le habia hecho administrar el jóven capitán, y si no hallaba en el que presentaba como modelo de perfeccion, alguna ligera falta que hiciese sombra á tan brillantes cualidades.

Gregorio contestó que sino fuera por su orgullo lo creeria irreprochable.

—El orgullo? preguntó el general admirado, es el defecto de que le creo mas á cubierto.

—He querido decir la ambicion, repuso Gregorio.

—Cómo la ambicion? continuó el general; pues me parece que ha dado una prueba de desinterés manteniéndose á mi servicio, porque despues de lo que se ha distinguido en la última campaña y de sus servicios, podia aspirar facilmente á la distincion de pertenecer al cuerpo del estado mayor del emperador.

—Oh! hay ambiciones de ambiciones, dijo sonriendo el esclavo; á unos les conduce á desear una posicion elevada, otros pretenden una alianza ilustre; los unos quieren deberse todo á si mismos, aquellos quieren adquirir derechos por sus mugeres, y entonces levantar su vista á donde nunca deberia penetrar su mirada.

Qué quieres decir con eso? preguntó el general comenzando á penetrar el sentido de las palabras de Gregorio.

—Quiero decir, mi excelencia, respondió este, que hay gentes en el mundo á quienes las bondades que se les dispensan, les escitan á olvidar su posicion, para aspirar á otra mas elevada, á pesar de estar colocados tan altos que pierdan la cabeza.

—Gregorio, exclamó el general, en mal negocio te has metido; porque lo que me cuentas, es una acusacion y si yo la admito como tal, será necesario que pruebes lo que tus palabras aventuran.

—Por san Basilio, señor, no hay mal negocio, ni se aventura nada cuando la verdad justifica lo que digo; además yo no he dicho nada de que no este dispuesto á dar pruebas.

—Con que insistes en sostener, exclamó el general, que Fëdor ama á mi hija?

—Ah! dijo Gregorio, con el doblez propio de los de su nacion, yo no digo eso: mi excelencia, yo no he nombrado para nada á la señorita Vaninka.

—Pero es lo que has dado á entender, no es verdad? Veamos, contra tu costumbre responde la verdad francamente.

—Ciertamente, eso he querido decir.

—Y aseguras que mi hija corresponde á su amor?

—Tengo miedo á vos y á ella, excelencia.

—Y por qué? Habla.

—Desde luego, el señor Fëdor no desperdicia ni la falta ocasion para hablar á la señorita Vaninka.



—Y viviendo bajo el mismo techo quieres que evite su encuentro?

—Cuando la señorita Vaninka vuelve tarde y el señor Fædor por casualidad no ha ido con vuestra escelencia, él es, sea la hora que quiera, quien esta allí para darle la mano cuando se apea del coche.

—Fædor me aguarda, porque así es su deber, dijo el general que comenzaba á creer que las sospechas del esclavo se fundaban solo en meras apariencias; y espera, continuó, á que vuelva yo á casa, por si tengo que darle algunas órdenes.

—No pasa día sin que el señor Fædor entre en la habitacion de la señorita, sin embargo de que no hay ejemplo de que se haya concedido tal favor á un jóven en una casa como la de vuestra escelencia.

—La mayor parte de las veces, soy yo quien le envia, dijo el general.

—Si, por el día, respondió Gregorio; pero... por la noche...

—Por la noche! exclamó el general poniéndose de pie y palideciendo de tal manera que al cabo de un instante tuvo necesidad de apoyarse en una mesa.

—Si, escelencia, por la noche, respondió tranquilamente Gregorio, y pues que ya me he empeñado en un mal negocio, lo haré por completo; ademas, que aunque yo deba sufrir un castigo mas terrible que el que he experimentado en otra ocasion, no debo tolerar que se engañe por mas tiempo á tan buen amo.

—Mira bien esclavo lo que dices, porque ya conozco á los de tu nacion, y mira que si la acusacion que haces ahora por venganza no la acompañas con pruebas visibles, palpables y positivas, serás castigado como un infame calumniador.

—Consiento, respondió Gregorio.

—Dices que has visto entrar á Fædor de noche en el cuarto de mi hija?

—Yo no digo que le he visto entrar, escelencia, pero si que le he visto salir.

—Y cuando?

—Hace un cuarto de hora viniendo á vuestro aposento.

—Mientes; dijo el general levantando el puño sobre el esclavo.

—No son estos nuestros convenios, escelencia, repuso el esclavo dando dos pasos atras; yo no debo segun ellos ser castigado mas que en el caso de que no suministre pruebas.

—Pero tus pruebas, cuáles son?

—Lo que he dicho.

—Y esperas que he de creerte por sola tu palabra?

—No; pero espero que creereis en vuestros mismos ojos.

—Y cómo?

—La primera vez que yo sepa está el señor Fædor en el cuarto de la señorita despues de media noche, vendré á buscar á vuestra escelencia, y entonces juzgareis vos mismo si yo miento; aunque hasta ahora las condiciones de este servicio son todas desventajosas para mi.

—Cómo?

—Por que si no suministro las pruebas, seré castigado como un infame calumniador, y esta muy en el orden, pero qué voy á ganar si las doy?

—Mil rublos y tu libertad.

—Convenido, escelencia, respondió tranquilamente Gregorio recogiendo los utensilios de su oficio, y espero que antes de ocho dias me hareis mas justicia que en este momento.

—Diciendo estas palabras, se despidió el esclavo, y su tranquilo y sosegado continente convencieron al general de que estaba sobre su cabeza pendiente alguna gran desgracia.

Desde este momento, como es facil presumir ponía toda su atencion el general en observar á Fædor y á Vaninka; en examinar sus menores ademanes, y en atender cuidadosamente á la mas insignificante palabra que se dirigieran; pero ni de parte de su ayudante ni de su hija vió nada que pudiera confirmar sus sospechas; por el contrario Vaninka le parecia mas indiferente, y mas reservada que nunca.

Así pasaron ocho dias, y en la noche del último y como á las dos de la madrugada, sintió el general que llamaban á su puerta: era Gregorio.

—Si quiere vuestra escelencia ir al aposento de su hija, encontrará en él al señor Fædor.

Púsose pálido el general, pero sin proferir una palabra se vistió, siguió al esclavo hasta la puerta del cuarto de Vaninka y allí despidió con un ademán al acusador, el que en vez de obedecer esta orden muda, se ocultó en el ángulo de la galería.

Cuando se creyó solo el general, golpeó una vez la puerta; pero todo permanecía en el mayor silencio: este silencio nada indicaba porque podia muy bien estar dormida su hija; llamó segunda vez y á esta contestó la voz de su hija con el acento de la mayor tranquilidad—Quién és?

—Soy yo, dijo el general, con voz trémula por la emocion que le agitaba.

—Annouschka, dijo la jóven, llamando á su hermana de leche que ocupaba la habitacion inmediata á la suya, abre á mi padre.—Esperad un poquito mientras se viste Annouschka.

El general esperó con paciencia porque no descubrió emocion alguna en la voz de su hija, y esperaba que Gregorio se hubiera engañado.

Al cabo de un instante se abrió la puerta y penetró en el aposento el general echando una mirada en derredor suyo: no habia nadie en este primer cuarto.

Vaninka estaba acostada y su rostro parecia mas pálido que ordinariamente, pero su exterior era sumamente tranquilo y en sus labios brillaba la filial sonrisa con que de costumbre recibia á su padre.

—A qué feliz circunstancia, preguntó la jóven con el tono mas dulce de su voz; debo la dicha de veros á una hora tan avanzada de la noche?

—Quería hablarte de un asunto importante, dijo el general, y aunque es hora estraña, pienso que dispensarás haya venido á turbar tu sueño.

—Mi padre será siempre bien recibido de su hija á cualquiera hora del día ó de la noche que se presente.

El general miró nuevamente en su derredor y todas las apariencias le confirmaban era imposible se ocultara nadie en aquella primera estancia; pero no veia la segunda.

—Os escucho, dijo Vaninka, despues de un momento de silencio.

—Si; pero no estamos solos, respondió el general y me interesa que nadie se entere de lo que voy á decirte.

—Ya sabeis que Annouschka, es mi hermana de leche dijo Vaninka.

—No importa, repuso su padre cogiendo una bugía y dirigiéndose al otro aposento que era aun mas reducido que el de su hija:

—Annouschka, dijo; ves á la galería y cuida de que no nos escuchen.

Mientras pronunciaba estas palabras dirigió el general una mirada investigadora pero nadie habia en el gabinete.

Annouschka obedeció, el general salió detras de ella y despues de echar otra segunda mirada volvió donde estaba su hija, sentándose á la cabecera de su lecho. En



segunda á una seña que hizo Vaninka, la dejó Annouschka sola con su padre.

El general tomó la mano de su hija quien se la abandonó sin titubear.

—Hija mia, dijo el general, tengo que hablarte de una cosa muy importante.

—Y de qué, padre mio? preguntó Vaninka.

—Vas á cumplir diez y ocho años, continuó el general y esa es la edad en que precisamente se casan las jóvenes de la nobleza rusa.—El general se detuvo aquí un instante para juzgar de la impresion que producian sus palabras en el ánimo de Vaninka; pero su mano permaneció inmóvil en la de su padre.—Hace un año que prometí tu mano, añadió el general.

—¿Podré saber á quien? repuso friamente Vaninka.

—Al hijo del consejero privado, respondió el general, qué te parece?

—Aseguran que es un noble y digno joven, dijo Vaninka; y yo no puedo tener otra opinion que la que han formado ya de él: no hace tres meses que está de guarnicion en Moscou?

—Si, dijo el general; pero dentro de otros tres debe de volver.

Vaninka permaneció impasible.

—Con que nada tienes que decirme, ni te ocurre inconveniente alguno?

—No, padre mio; solo una gracia quisiera pedir.

—Cuál?

—No casarme antes de cumplir veinte años.

—Y por qué?

—Tengo hecho voto.

—Pero si las circunstancias hiciesen indispensable la ruptura de ese voto y fuera urgente la celebracion de tu enlace?

—Pero qué circunstancias? preguntó Vaninka.

—Fædor te ama, dijo el general mirando fijamente á Vaninka.

—Es verdad, respondió la joven con la misma impasibilidad que si se tratara de otra persona.

—Conque lo sabes? exclamó el general.

—Si, él me lo ha dicho.

—Cuándo?

—Ayer.

—Y qué le has contestado.

—Que era preciso se alejara de mí.

—Y ha consentido?

—Ciertamente.

—Cuándo marchará?

—Ya se ha ido.

—Pero si á las diez se ha separado de mí, repuso el general.

—Y de mí se ha despedido á las doce, dijo Vaninka.

—Ah! exclamó el general respirando con libertad por primera vez, eres una hija digna de tu padre, Vaninka, y te concedo lo que me pides, esto es, dos años de prorroga; pero piensa solamente que el emperador es quien ha decidido este enlace.

—Yo creo que mi padre me hará la justicia de creer que soy hija demasiado sumisa para que piense oponerme á sus proyectos.

—Bien, Vaninka; bien, dijo el general. Con que sin duda el pobre Fædor te lo ha dicho todo?

—Si, dijo Vaninka.

—Con que habrás sabido que se dirigió á mi primeramente?

—Si, lo he sabido.

—Y te dijo que habia yo comprometido tu mano?

—Si señor.

—Y ha consentido en alejarse? Ah! es un noble jó-

ven á quien siempre protegeré; y si no hubiera comprometido mi palabra, le quiero tanto, continuó el general, que le concediera tu mano siempre que así fuera de tu agrado.

—Y no hay medio de desempeñar vuestra palabra? preguntó Vaninka.

—No hay ninguno, es imposible, replicó su padre.

—Pues entonces cúmplase la voluntad de Dios y de mi padre.

—He ahí cual debe ser el language de una hija, dijo abrazándola el general.—Adios, Vaninka, no te pregunto si le amas porque ambos cumplis con vuestro deber, y nada mas puedo ni debo exijiros.

Diciendo esto se levantó y salió del aposento de su hija: el general hizo seña á Annouschka que estaba en la galeria de que podia regresar á su puesto, y continuó hasta su habitacion á cuya puerta encontró á Gregorio.

—Que tiene que decirme ahora vuestra esclencia, preguntó este.

—Tengo que decirte que á un mismo tiempo tienes y no tienes razon: Fædor ama á mi hija, pero mi hija no le ama á él. Fædor ha estado á las once en su cuarto, pero ha salido á las doce y para no volver. No obstante eso, vuelve mañana y te dará los mil rublos y obtendrás tu libertad.

Gregorio se retiró completamente admirado.

Mientras, Annouschka entraba en el cuarto de su señorita y cerraba con cuidado la puerta, segun al mismo tiempo se lo prevenia; Vaninka saltó de su lecho y acercándose á la puerta escuchó los pasos de su padre que poco á poco se alejaban; cuando cesaron de resonar, se lanzó al gab nete de su hermana de leche y entre las dos empezaron á separar una porcion de ropa blanca que habia en el hueco de una ventana. Oculto bajo este lio de ropa habia un gran cofre de resorte. Annouschka apretó el boton y Vaninka alzó la tapa; las dos jóvenes lanzaron á un mismo tiempo un grito de terror: el arca se habia convertido en féretro; el joven capitán estaba ahogado.

(La conclusion en el número inmediato).

## Al Heloisa.

### SONETO.

Aunque hoy levanta entre tu amor y el mio el hondo mar su inmensidad, en vano, que aun llega el rastro de tu luz lejano á iluminar mi corazon sombrío!

Mis lágrimas de amor te lleva el rio; si amargas te las vuelve el Océano él las cambió, que en mi dolor tirano yo, Heloisa, bien dulces las envío!

En cambio de estas ansias lastimosas, dirige hácia mi vega solitaria tus miradas tristísimas y bellas;

Para qué yo en mis noches tenebrosas me haga ilusion que alumbran mi plegaria tus ojos en la luz de las estrellas!

GREGORIO ROMERO LARRAÑAGA.





El joven capitán estaba ahogado.

## ESTUDIOS DE VIAGES.

### LOS INDIOS DE LA AMÉRICA DEL NORTE.

Desposeídos los indios de la América del Norte, de sus tierras, y diezmados por la crueldad de las guerras, no tuvieron otro recurso que buscar un asilo en los bosques, donde los tristes despojos de su raza esperaban estar á cubierto de las invasiones de la civilización. Las tribus *rojas*, mas nobles pero mas desventuradas que las *negras*, que llegó un día en que recobraron su libertad avasallándose antes á la esclavitud, no han hallado otro recurso que sucumbir á la muerte porque sus naturales inclinaciones se oponían á la servidumbre.

Este resto de dignidad salvaje, de fortaleza y de independencia de aquellos *parias* de la América del Norte, despertó las simpatías de muchos hombres ilustres. Diversos escritores han hecho justicia á estos pueblos generosos y valientes que sus mismos compatriotas persiguieron, y no ha faltado ingenio tambien que ha publicado poemas magníficos que tenían por asunto, la persecución de los indios. No debe pasarse en silencio los esfuerzos de algunos misioneros que procuraban difundir entre las tribus errantes los consuelos del evangelio á pesar del furor de los combates cuyas escenas sangrientas helaban de espanto á los que tan generosamente emprendían esta árdua tarea: en una parte eran degollados por los blancos y á sangre fria cien indios

que habían hecho prisioneros; en otra los salvajes indígenas escitados por los europeos, quemaban vivos y en su habitación á once misioneros. Quién habrá que no recuerde las crueldades cometidas por los ingleses á últimos del siglo XVII, cuando iban contra Massasua gefe de los Pokanoketts y su hijo Metacon conocido bajo el nombre de Felipe? Este tenía por confidente á un hombre que le vendía á sus enemigos á quien trasmitía todos sus proyectos; este hombre desapareció y fué hallado su cadáver en el fondo de un estanque helado; el hielo aun estaba roto, y el fusil y el sombrero de la víctima estaban al borde como para aparentar que se había arrojado él mismo. Los ingleses cogieron á tres indios, los acusaron de este crimen y los sentenciaron á ser ahorcados. A esto siguieron las mas crueles represalias y solo terminó la guerra con la muerte de Pokanoketts. Felipe mostró una habilidad y una energía admirable: sus rápidas huidas y sus imprevistas apariciones llenaban de terror á sus adversarios. Si le perseguían de cerca los ingleses, se lanzaba al agua de un torrente ó desaparecía sin saber como en las quebradas de un precipicio; en una ocasión viendo el capitán Church á un indio que estaba sentado sobre el tronco de un árbol que servía de puente en el arroyo de Taunton, echó su fusil á la cara; en este erístico momento, una voz desconocida le hizo volver la cabeza, era la voz de Felipe que se escapaba tambien esta vez de manos de sus enemigos.



Casi siempre derrotado pero no vencido, no quiso nunca dar oídos á proposicion alguna de paz ni de transacion y mató con su propia mano al único de sus compañeros que se atrevió á hablarle en este sentido. Era de nobles y generosos sentimientos y no se cuenta un solo ejemplar de que tratara mal á ningun prisionero, y no sucumbió hasta despues de mas de dos años de un continuo combate; un capitán inglés llamado Coke le diviso á la orilla de un lago, le apuntó con su fusil pero no salió el tiro, no así el de un indio mercenario que le acompañaba y que hizo fuego con tal acierto, que le atravesó el corazon. Todos los hombres superiores y de elevados sentimientos que combatieron por la independencia de su pais y de su raza, todos sucumbieron los unos despues de los otros, y no puede considerarse sin un grave sentimiento de tristeza, los funestos resultados de unas hostilidades que han producido el exterminio de la mayor parte de los naturales de la América septentrional. La sociedad misionera americana ha hecho los mayores esfuerzos por ilustrar y desengañar los restos errantes; pero no han conseguido mas que algunos resultados parciales.

Los indios de este pais guardan entre sí una semejanza admirable; tienen los ojos negros, los cabellos lacios y espesos del mismo color y los hombres tienen las mejillas bastante abultadas pero no tanto como sus mujeres, sin duda porque estas no toman parte en su vida activa y particularmente en su ejercicio de cazadores. El color de su piel es cobrizo, tinta particular y esclusiva á los habitantes de las Américas. Muchos viajeros aseguran que no les nace la barba, aunque otros afirman que es efecto de la costumbre que tienen de arrancarse todo el vello á escepcion de los cabellos. Visten todos casi de la misma manera usando de pieles que se ciñen por delante del cuerpo y que bajan desde el hombro á las rodillas abrigando su espalda con

otras de la misma figura. Sus zapatos son de cuero de gamo, de ante ó de búfalo sujeto con correas á manera de sandalia y llenos de adornos de cobre ó estaño.

Sus tiendas ó cabañas las construyen con troncos de árboles que reunidos por su extremo superior les dan casi exactamente la figura de un cono; las cubren despues con pieles, cortezas de árboles ó esterilla de junco ó palma; no tienen ventana alguna ni otra chimenea que un agujero para dar salida al humo. Así es que sus habitantes se ven continuamente espuestos á inundaciones, en tiempos lluviosos, ó á morir sofocados. Sus camas consisten en pieles estendidas en el suelo en las que se acuestan alrededor del fuego que arde en medio de la cabaña.

No les es desconocida á los indios de la América la institucion del matrimonio, pero respetan poco la santidad de este lazo. A las mugeres estan encomendados todos los cuidados domésticos; arreglan y limpian la habitacion, hacen provision de leña para el fuego, preparan los alimentos, y se ocupan en abastecer la casa de todo lo necesario, mientras que sus hijos y maridos se entregan á los peligros de la caza.

Hemos hecho ya mencion de los misioneros que escitados por un santo celo habian penetrado en el corazon de estas tribus, á predicar el evangelio y difundir en el ánimo de estos indigenas ideas de cultura y civilizacion; hoy ya han recogido estos hombres algun fruto de sus árduas y penosas tareas, pues que se asegura que los Cherokees, los Creeks y los Vchees, han renunciado en parte á la vida salvaje y dedicádose á la agricultura cuyos inmensos beneficios reconocen. Los Cherokees sobre todos, han progresado rápidamente en este ramo; algunos de ellos poseen ya magnificas plantaciones, y tambien esclavos negros que emplean en las faenas del campo.



Misioneros visitando los indios.